



Ilustración



Artística

Año XX

← BARCELONA 7 DE OCTUBRE DE 1901 →

Núm. 1.032



CABEZA DE NIÑO, dibujo de Emilio Fuchs

SUMARIO

Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *El viejecito del «Heraldo»*, por Alejandro Larrubiera. - *Augusto Holmberg*, por J. de S. - *¡Despedida!*, por S. - *Las dos misecaras*, por Ernesto García Ladevese. - *Rtus y Taullet*, por M. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *Un misterio*, novela ilustrada (continuación). - *República Argentina. Sierras de Córdoba. Capilla del Monte*, por Justo Solsona.

Grabados. - *Cabeza de niño*, dibujo de Emilio Fuchs. - Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *El viejecito del «Heraldo»*. - *Augusto Holmberg.* - *Dos retratos y el cuadro Lectura interesante*, obras de Augusto Holmberg. - *¡Despedida!*, cuadro de Ricardo Brugada. - *S. E. el cardenal Casañas.* - *Barcelona. Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas. En la estación.* - *La comitiva á la salida de la estación.* - *Monumento á Rtus y Taullet en Barcelona.* - *Edificio construido en Sarriá, dedicado á Rtus y Taullet.* - *El banquete de boda*, cuadro de Pablo Salinas. - *Los emperadores rusos y sus cuatro hijas.* - Grupo de ocho fotografías de las sierras de Córdoba en Buenos Aires. - *El segador*, cuadro de Hans Olde.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Venezuela y Colombia. - El memorándum de Venezuela. - Clericales y liberales en América. - Coalición contra Colombia. - La cuestión de Panamá. - Llamamiento á Europa. - Duelo oficial en Venezuela por la muerte de un diplomático español. - El imperialismo yanqui y sus consecuencias. - Más datos sobre los intereses europeos en la América central. - Nuevos jefes de Estado.

Aún no está resuelto el conflicto entre Venezuela y Colombia; antes al contrario, presenta caracteres de mayor gravedad por la participación que en él toman El Ecuador y Nicaragua. En memorándum dirigido á las potencias, Venezuela expone los hechos que le han dado origen, y atribuye al gobierno de Colombia toda la responsabilidad de ellos.

A mediados de julio era la situación verdaderamente normal. Las comisiones científicas encargadas de fijar sobre el terreno la línea señalada en el laudo de España de 1901, trabajaban junta y separadamente con el ahinco de poner cabo á tarea de tal entidad para los dos países. La República venezolana, por medio de extensa circular, había expresado á sus hermanas de América el vivo deseo que tenía de contribuir con la mayor eficacia posible á la obra de armonía y fraternidad que está llamada á realizar la próxima conferencia de Méjico.

Pocos días después aparecían en el Táchira los invasores acaudillados por Rangel. No eran, según el memorándum, gente venezolana, armada con fusiles de Colombia y equipada en secreto por sus autoridades, sino tropas de línea pertenecientes á dicha República y salidas en pleno día de su natural acantonamiento para efectuar la agresión. No se trataba de grupos sigilosamente reunidos que atraviesan las fronteras, favorecidos por la imposibilidad de la total vigilancia de ellas, sino de fuerzas militarmente organizadas que cruzan á plena luz el territorio vecino para traer á él el desorden y la guerra bajo la bandera ó el nombre de un asilado revolucionario.

Venezuela creyó procedente inquirir hasta dónde pudiera haber la responsabilidad del acto consumado á las autoridades superiores de Colombia, y al efecto dirigió una nota á la Legación de esta República en Caracas. Contestó el ministro colombiano con manifestaciones de sorpresa por la noticia de la invasión, y con el parecer de que el hecho no había podido efectuarse «sino contrariando las órdenes terminantes comunicadas á todos los empleados civiles y militares de las fronteras de Colombia, en el sentido de hacer observar estricta neutralidad en los asuntos domésticos de los Estados vecinos.» Ofrecía además remitir á Bogotá la nota de Venezuela.

La respuesta no satisfizo al gobierno de Castro, el cual resolvió, mientras llegaba la del gobierno colombiano, mantener en suspenso sus relaciones con la Legación. En tales circunstancias, era difícil y poco grata la situación del ministro de Colombia en Caracas, por lo que decidió embarcarse para su país, como lo hizo el 12 de agosto, sin el menor inconveniente de parte del gobierno venezolano.

A los cuatro días, el 15 de agosto, el ministro de Relaciones exteriores de Venezuela firmaba el memorándum á que nos referimos, en cuyo último párrafo se «protesta solemnemente ante los pueblos civilizados del mundo contra la agresión de una parte del territorio nacional por fuerzas militares pertenecientes al ejército regular de Colombia y contra los actos por ella cometidos.»

* *

La prensa liberal avanzada de América y Europa simpatiza con Venezuela. Presenta á Colombia como país dominado por el clericalismo, donde miles de frailes y monjas viven como parásitos y ponen empeño en alejar del gobierno, del Congreso y de las

Asambleas provinciales á todos los hombres afectos al régimen de libertad y democracia.

Los hispano-americanos que escriben en el *Heraldo de París* enaltecen á Castro, cuyas energías han impedido que los yanquis pongan mano sobre los lagos de asfalto, y que, procediendo con hábil política, logra atraerse la amistad y acaso el apoyo de Alemania, imperio del cual son súbditos los principales negociantes de Caracas. «Castro - dicen - es el ídolo del pueblo; tiene de su parte á las masas, á la clase media ilustrada y á la mayoría de los comerciantes de la colonia extranjera, que no transigen con la codicia de los norteamericanos ni con el predominio de los conservadores clericales.»

Contra este predominio protesta en sus manifiestos Uribe, el jefe de la revolución liberal en Colombia, que insiste una y otra vez en la necesidad de derrocar el gobierno reaccionario de su país. «Hay que crear - dice - gobiernos afines, entre los cuales reinen simpatías recíprocas, y aquél es el único que rompe la armonía. Cuando el liberalismo sea una doctrina común á los tres países, estará allanado el camino para pactar la reconstitución de la entidad fundada por el genio de Bolívar.»

En el *Express*, de Lieja, Carlos Sanz atribuye también á maniobras del clericalismo la causa del conflicto actual. En Colombia, en el Ecuador, en Venezuela, en Nicaragua, en Costa Rica, los ciudadanos se han dividido en dos campos, los que odian á Roma y los que se someten á la autoridad de la iglesia. En estos últimos tiempos, los segundos llevan la peor parte. Predomina en Venezuela el bando radical; á los gobiernos ecuatorianos que decretaban en nombre de la Santísima Trinidad, substituyó el vencedor de los guerrilleros católicos, el general Alfaro; son liberales Iglesias y Zelaya, que presiden respectivamente las Repúblicas de Costa Rica y Nicaragua. Queda Colombia como único refugio de las congregaciones religiosas, siempre dispuestas á favorecer á los enemigos de Castro, de Alfaro, de Iglesias y de Zelaya.

Con el apoyo del gobierno colombiano, Rangel invade á Venezuela, y expediciones análogas se habían preparado contra el Ecuador y Nicaragua á las órdenes del Dr. Calderón y del general Arbán. Castro ha rechazado la invasión en Venezuela, y toma la ofensiva; el Ecuador y Nicaragua brindan su concurso á Venezuela; Costa Rica, ya mal avenida con Colombia por cuestión de fronteras, seguirá probablemente el ejemplo de aquéllas. Entra en juego el gobierno de Washington, cuya intervención en el conflicto rechaza Castro; pero como Colombia está aislada, con la guerra civil en el interior y la amenaza de cuádruple alianza en el exterior, surge el peligro, gravísimo para la América española, de que acepte auxilio más ó menos directo de los yanquis.

* *

Los adictos al gobierno de Colombia y sus mantenedores en Europa califican de intriga política esa campaña emprendida en nombre y defensa del liberalismo, y niegan toda razón á Venezuela para provocar la guerra. Sostienen que ninguna parte han tomado las autoridades superiores de Colombia en la intontona de Rangel y atribuyen á la desapoderada ambición de Castro las agresiones contra esa República. Teme el presidente de Venezuela que una nueva revolución le prive del mando supremo; sus enemigos personales y políticos, que son muchos, no cejan en su empeño de derribarle, y necesita guerra con el extranjero para unir bajo una bandera á todos los venezolanos y evitar su propia ruina.

En cuanto á la intervención ó ayuda de los Estados Unidos, á juzgar por lo que dicen los partidarios del actual gobierno de Colombia y según cartas particulares que tenemos á la vista, no parece dispuesto aquél á coadyuvar en los fines y aspiraciones de los yanquis. «Todo este embrollo de guerra internacional de Venezuela y el Ecuador y Nicaragua contra Colombia tiene por objeto tomar el istmo de Panamá.» Así nos escribe persona muy respetable de Bogotá. Da á entender, sin duda, que los Estados Unidos, procediendo con esa artera política que años hace vienen practicando y que alcanzó su apogeo y sus triunfos más aparentes bajo la presidencia del difunto Mac Kinley, han promovido el conflicto ó procuran agravarlo con propósito de que el canal de Panamá pase directamente á sus manos, ó bien caiga el istmo en poder de otra República menos opuesta que Colombia á sus designios.

Confía nuestro comunicante en que Colombia logrará imponerse á sus enemigos; pero «como la agitación puede prolongarse y de esta revuelta se aprovecharán los consabidos pescadores (los yanquis), ¿no querrá Europa hacer algo por su propia causa y la de la civilización?»

Desde Colombia, pues, se hace un llamamiento á Europa para que procure avenir á los contendientes, evitando los trances y consecuencias de una guerra fratricida que sólo puede favorecer al imperio yanqui, con grave daño á las relaciones económicas entre los pueblos del antiguo y nuevo mundo.

También en el campo opuesto, Castro, que desconfía de los Estados Unidos, halaga á Alemania y procura renovar amistades con Francia, enviando á París delegado especial para asentar las bases de un tratado de comercio. La muerte de un ilustre diplomático que representaba á España en Caracas, le brinda triste ocasión de prodigar á la madre patria señaladas muestras de deferencia. Por decreto de 10 de agosto, Cipriano Castro hizo saber que era motivo de duelo oficial la muerte del Excmo. señor don Agustín González del Campillo, mandó que el pabellón nacional se enarbolase á media asta en todos los edificios públicos durante tres días, dispuso que el Poder ejecutivo federal presidiera el entierro é invitó á la ceremonia al cuerpo diplomático, á los altos cuerpos oficiales y á los empleados dependientes de los ministerios del «Despacho» ejecutivo y de la Gobernación del distrito federal.

* *

El imperialismo yanqui va produciendo sus naturales efectos. Los hispano-americanos ya no pueden considerar á la gran República de Washington como modelo de pueblo libre, justo y progresivo, ni como amparo contra tentativas de colonización ó conquista por parte de las potencias europeas. Se apartan de ella, porque comprenden que es su mayor enemigo, y tienden á establecer más íntimas relaciones con éstas, en las que hallarán seguramente, cuando la ocasión sea oportuna, sostén y defensa contra aquél.

El nuevo estado de cosas que se inicia en América es fruto de la política de Mac Kinley. Si hoy los historiadores encuentran las raíces de la decadencia de España en los mismos días de Carlos V y de Felipe II, en futuros tiempos los que historien la disgregación y ruina de los Estados Unidos del Norte de América, tendrán que investigar la causa en los últimos años del siglo XIX.

* *

En la anterior *Revista* señalábamos la importancia y valor que alcanzan los intereses europeos en América. Ahora insistimos en el tema con motivo de un breve artículo de la *Revue Diplomatique* que recomienda á Europa la conveniencia de seguir muy atentamente la marcha de los sucesos y prepararse para hacer frente á las complicaciones económicas que pudieran sobrevenir si los Estados Unidos logran imponerse en la América central.

Ya desde luego, en la situación presente, las contiendas políticas y la guerra en esas Repúblicas ocasionan mayor perjuicio á los intereses de nacionalidades europeas que al capital y al tráfico de los norteamericanos. En términos generales, la intervención económica y financiera de éstos en la vida de los pueblos de la América central es muy secundaria respecto de Europa. Concretándose á Francia, sostiene el autor del artículo á que nos referimos, monsieur Meulemans, que la influencia francesa en la América del Centro puede estimarse como preponderante. Más de 800 millones de francos están comprometidos en empréstitos, ferrocarriles y grandes empresas agrícolas, sin contar los 1.500 millones que representa el canal de Panamá.

También Alemania acrece su influencia en esta región americana, sobre todo en Guatemala, donde, según el cónsul general de los Estados Unidos en esa República, es el capital norteamericano el primero con relación á los ferrocarriles; pero en cuanto al comercio, los alemanes figuran en primera línea.

Hasta en Honduras, país en que mayor predominio consiguieron los capitalistas yanquis, inspiran éstos ya poca confianza y se admite la posibilidad de substituirlos. El mismo presidente de la República, general Sierra, declaró no ha mucho que si el sindicato norteamericano encargado de las obras del ferrocarril del Norte abandonaba la contrata y ésta prescribía legalmente, no faltarían recursos para llevar á cabo tan importante vía de comunicación.

* *

El 31 de agosto, á media noche, el general Alfaro entregó la presidencia de la República del Ecuador á su sucesor, el general Plaza. D. Germán Riesco ha tomado posesión de la presidencia de Chile el 18 de septiembre.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EL VIEJECITO DEL HERALDO

I

Aquella noche no oímos en la calle la voz para nosotros tan conocida del pobre viejecito del *Heraldo*.

— ¿Qué le pasará?, nos preguntamos sorprendidos. En los años que llevaba de traernos el periódico no había faltado ni una sola noche.

— ¡Y eso que algunas eran bien crueles! Ni la nieve ni la ventisca atemorizaban al viejo que, invariablemente, entre nueve y diez de la noche, dejaba oír su vocecita asmática, trémula, corriendo á lo largo de la calle:

— ¡El *Heraldo*oo!.. En la última sílaba encajaba una nota aguda, prolongada, que iba á perderse en el espacio como un lamento.

Oíamosle subir la escalera todo lo más de prisa que le permitían sus piernas, resoplando fatigoso y cansado; tiraba del llamador, y al abrir la puerta destacábase en el pasillo su figura simpática y humilde: debía de tener mucho frío á pesar de la capa en que se envolvía: una capa pardusca que casi le llegaba á los muslos, con los embozos de paño deshilachados y grasientos; una bufanda de color ceniza rodeaba su cuello, y entre la bufanda y un sombrero hongo deformado, antiquísimo, que se le hundía hasta las cejas, veíasele la cara rugosa y escuálida, con el bigote canoso, encrespado, y en los ojillos una mirada de suprema melancolía.

Sonreíase siempre que entregaba el ejemplar del periódico, murmuraba un «Hasta mañana» y se iba, resonando al poco tiempo en la calle su vocear trémulo, que se repetía dos ó tres veces, cada vez más débil para nosotros, hasta que concluíamos por sólo oír muy lejana la nota final, aguda y prolongada del pregón.

El no oír éste, llegó á preocuparnos: en el azaroso trajín de la vida, había concluído por sernos á todos los de la familia muy simpático el viejecito del *Heraldo*.

II

Supusimos que el pobre hombre se encontraría enfermo, ó tal vez viéndose muy achacoso habíase retirado del ajeteo de la reventa.

Al cabo del tiempo, concluimos por olvidar al buen viejo.

Cierta noche entró la criada en el comedor diciéndonos que una niña como de doce años, vestida de luto riguroso, deseaba continuar sirviéndonos el periódico.

— Según parece, es la nieta del viejecito, nos indicó la fámula.

— ¡Que pase!, la ordenamos.

Al poco rato, una vocecita de timbre melodioso preguntaba desde la puerta del comedor:

— ¿Dan ustedes su permiso?..

— ¡Adelante, niña!

Entró en la habitación una muchachita que más que nieta de un vendedor de periódicos parecía hija de un aristócrata: tan fina, elegante y esbelta era su figura, tan blanco como el alabastro su cutis, tan delicado su rostro que encuadraba el pañolillo negro que cubría su cabeza y por el que se escapaban rebeldes los rizos de sus áureos cabellos.

— Muy buenas noches, señores, dijo bajando los ojos y encendiéndosele las mejillas como avergonzada.

— ¿Y el abuelito?, le pregunté cariñosamente, ¿qué le pasa?

La chiquilla suspiró con tristeza, y sin responder palabra fijó en mí sus ojos y los vi anegados de llanto.

Comprendí entonces el dolor de la pobre y callé: confieso que soy de los que enmudecen y se anonadan ante el dolor ajeno.

— ¡Pobre abuelito mío!, musitó la niña.

— ¿Le querías mucho, verdad?..

— Todo lo que diga á usted sería poco, ¡más que á nadie!

— ¿Más que á tus padres?..

Volvió la niña á enmudecer y á suspirar penosamente: de sus ojos se escaparon dos lágrimas, que como dos gotas de agua resbalaron por las rosas de sus mejillas.

«¿Habré sido sin querer indiscreto?, me dije. ¿Habré despertado una nueva aficción en esta alma inocente?..»

Aquí llegaba en mi mudo soliloquio; la nena, refregándose los ojos con el dorso de la manga, murmuró bajito, con dejo amargo, como si su espíritu infantil experimentara una cruel sensación:

— Yo no tengo padres...

— ¿Se han muerto?..

— Mi madre, no; mi padre, ¡no sé quién es!, replicó sombríamente.

— ¿Y vives sola?..

— Ahora sí... ¡Sola!.. Antes tenía á mi viejito.

— ¿Y cómo es que no vives con tu madre?..

— ¡Porque no!, replicó valientemente la nena con acento que temblaba como si sintiera miedo ó asco invencible.

Cambió de tono, y con frase pintoresca y desaliñada prosiguió, cual si tuviera ansia de volcar de una vez todas las desdichas que, como nubarrones, obscurecían el rosado cielo de su naciente espíritu:

— Mire usted, señor: el abuelito me ha contado muchas veces, muchas, que la culpa de todas nuestras penas la tenía mi madre... Y así debe ser; el pobre, siempre que se acordaba de ella, lloraba como un chico... Porque no me faltase á mí nada, salía todas las noches á vender *El Heraldoo*... Por el día, estaba al cuidado de una bolera que hay en el paseo de Areneros... Y luego, por la noche, á correr todo Madrid con el periódico á cuestas... ¡Una vida muy perra!.. ¡Y todo por mi madre!..

Hizo alto la niña en su relato, como si temiera haberse aventurado en él más de lo que quería, y yo, para alentarla, excitada mi curiosidad, hube de repetir insidiosamente:

— ¡Y todo por tu madre!..

— Según me ha dicho mi abuelo, antes de yo nacer tenía una tienda de vinos que era una de las mejores de Madrid... Se ganaba en ella mucho dinero... De la noche á la mañana abandonó mi madre la taberna... Mi abuelo creyó volverse loco del disgusto. Traspasó la tienda y se dedicó á hacer viajes á Barcelona, á París, á todos los sitios donde creía encontrar á mi madre... Al cabo de ocho años, y cuando ya la daba por muerta, supo que estaba en Madrid. No se me olvidará nunca la vez primera que vi al abuelo... ¡y eso que yo era aún muy niña, tendría poco más de seis años!.. Entró en casa de mi madre, una casa muy bonita, con mucho lujo, que parecía un palacio como el de esos señorones de la aristocracia... Al ver al abuelo, mi madre dió un grito muy grande... El abuelo sacó un revólver, y yo, llena de miedo, llamé á Juan, uno de los criados que teníamos... Mi madre se arrodilló á los pies del abuelo... y no sé más... Es decir, sí; que sonó un tiro, que vino Juan, que sujetó al abuelo, que mi ma-

dre cayó tendida sobre la alfombra, y que yo salí de casa de mi madre en brazos del abuelo, que me estrechaba mucho contra su pecho, y que me besaba, me besaba, mientras que yo, muy asustada, le decía llorando que me llevase donde mi madre... Y desde aquel día no hemos vuelto á verla, es decir, noches antes de morir el pobre, cuando volvió de vender *El Heraldoo*, me dijo: «Acabo de ver á tu madre... Iba en un coche... He corrido detrás, pero los caballos corrían mucho más que yo... ¡Si no estuviera ya tan viejo ni tan achacoso!..»

Y al recordar estas frases, la niña, mirando recelosamente en torno suyo, dijo con acento de triste convicción:

— Para mí que esto ha adelantado su muerte.

— Y si tu madre te encontrase, ¿qué harías?, pregunté resuelto á sondear el fondo de aquella alma pura.

— Si mi madre me encontrase, repitió confusa la muchacha, ¿qué haría? ¿Qué iba á hacer?..

E interrumpiéndose un momento, concluyó diciéndome con energía impropia en sus años, con timbre de voz en que vibraba salvaje dignidad:

— ¡Nada, señorito!.. ¡Seguiría vendiendo *El Heraldoo*, como si tal madre tuviese!..

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadó.)

AUGUSTO HOLMBERG

Entre los ilustres pintores cuya producción artística se ha desarrollado en una época en que nadie ha pretendido disputar á Munich la supremacía del arte en Alemania, merece figurar en primera línea Augusto Holmberg, cuyas obras le caracterizan como artista que siente intensamente todo lo noble y que cautiva poderosamente por su magistral dominio de la forma y por la delicadeza y elegancia del colorido.

Nacido en la capital bávara en 1.º de agosto de 1851, asistió á la escuela preparatoria de la Academia, en donde trabajó dos años como escultor; recibió al mismo tiempo lecciones de dibujo de Dyck y Echter, y fueron tan notables sus progresos en este arte, que el segundo de sus citados maestros le aconsejó que abandonase la escultura para dedicarse á la pintura exclusivamente. En 1868 ingresó en la Academia, trabajando bajo la dirección de Hiltensberger, Strahuber y Anschütz, este último profesor del natural; en 1870 entró en la escuela especial del famoso Diez, y en 1872 ganó dos veces la gran medalla de plata.

En 1873 expuso su primera obra en la Exposición Universal de Viena: era un cuadro de grandes dimensiones, titulado *Molino de viento*, que no sólo le valió una medalla, sino que además tuvo una ilustre compradora, la esposa del feldmariscal Benedeck. Dedicóse después á pintar naturaleza muerta y cuadros de género de la época del rococo; uno de estos últimos, *Disidencia de pareceres*, fué premiado en 1875 en Londres con la gran medalla de oro. En 1880 obtuvo en Dusseldorf la medalla del Estado prusiano por su lienzo *El hallazgo del monograma*.

Su fama artística estaba, por consiguiente, bien cimentada cuando comenzó á pintar lo que en lo sucesivo había de constituir su especialidad, esas figuras de cardenales y monjes, esos interiores, esas admirables retratos que le han conquistado renombre universal.

En los cuadros de Holmberg admiramos el talento



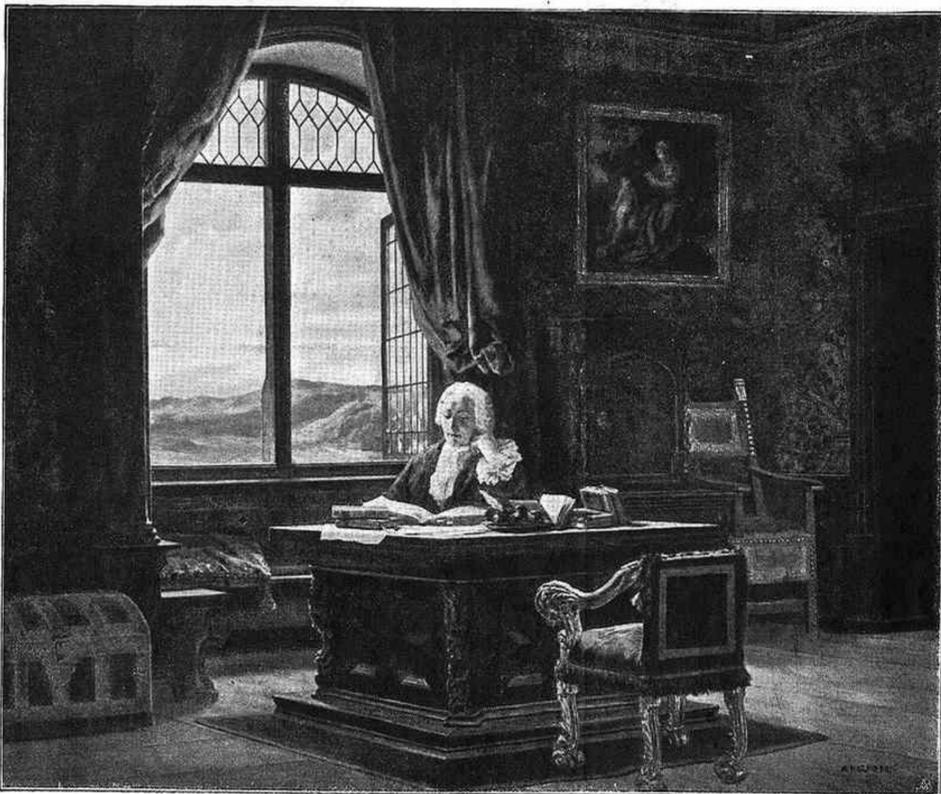
con que el pintor sabe deleitar nuestro espíritu, el arte con que combina los elementos accesorios de sus lienzos y la verdad con que reproduce las bellezas inagotables de la naturaleza. El artista cautiva nuestros ojos por la maravillosa armonía que en sus obras imprime: los brillantes tonos de luz directa que al través de una ventana se filtra en un interior y los reflejos de la misma luz al penetrar en una estancia aparecen tan bien fundidos, constituyen un fondo tan hermoso á las figuras que en la composición entran y forman con éstas un conjunto tan armónico, que nada supera á la sensación de placer que la contemplación de sus pinturas produce. En sus pinturas, no solamente nos atraen la perfección técnica que revela en su autor lo mucho que quiere y puede, la profundidad con que observa y la fidelidad con que reproduce los objetos, sino sobre todo el don que le distingue de influir sobre nuestro pensamiento y sobre nuestra sensibilidad mediante la hábil combinación de formas y colores: sus obras no son únicamente cuadros; son también poesías.



El ilustre pintor alemán
AUGUSTO HOLMBERG

Entre los muchos lienzos que Holmberg ha pintado, mencionaremos sólo algunos de los más importantes.

Su hermoso cuadro *El numismático* fué premiado en la Exposición de Bellas Artes de Viena de 1884 con la medalla de Carlos Luis y en la de Amberes de 1885 con otra medalla. Su *Toven erudito* y su



LECTURA INTERESANTE, cuadro de Augusto Holmberg
(Exposición del Palacio de Cristal de Munich de 1901)

Orífice fueron adquiridos por la Real Pinacoteca de Munich y por el Museo de Leipzig en 1885 y 1886 respectivamente.

En 1887, por encargo del ayuntamiento de Munich, pintó el retrato del príncipe regente de Baviera para el grandioso salón de las nuevas Casas Consistoriales, y el propio príncipe adquirió en aquella ocasión uno de sus cuadros.

En la Exposición de Viena de 1888 obtuvo la gran medalla de oro del Estado por el citado lienzo *El numismático*, premiado en 1885.

En 1894 encargó el Estado para el altar de la iglesia catedral de Obernburg del Main un cuadro de grandes dimensiones que había de representar á «Jesucristo crucificado cerniéndose sobre la ciudad y sus alrededores,» encargo que Holmberg ejecutó de una manera brillante. Poco después pintó un nuevo retrato del príncipe regente, destinado á la nueva aula de la Universidad de Wurzburg.

El heráldico, que representa á un cardenal junto á una ventana abierta, le valió en la Exposición de

Bellas Artes de Munich de 1898 la segunda medalla de oro y otra segunda medalla en la Exposición Universal de París de 1900.

En el propio año de 1900 terminó su gran cuadro para la capilla de la cárcel de Stadelheim, junto á Munich, que representa á la Virgen, como Consuelo de los afligidos.

La mayoría de sus demás lienzos han sido vendidos en Inglaterra, en donde Holmberg cuenta con muchos y muy ilustres admiradores.

Varios viajes á Italia, que el artista emprendió para ampliar sus estudios, le han servido de gran estímulo y de provechosa enseñanza, y le han proporcionado abundante botín artístico. En 1879 visitó París por encargo del rey Luis II de Baviera, y en 1885 recorrió Bélgica y Holanda, estudiando los tesoros artísticos de aquellos países.

Sus vastos conocimientos, su talento artístico y la energía de su carácter le han conquistado además la confianza y el respeto de los centros oficiales: en 1885 se le concedió el título de real profesor y en 1897 fué nombrado conservador de la Galería de Pinturas de Schlessheim, en reemplazo de Lossow, cargo que desempeñó con gran lucimiento hasta 1899.

En esta última fecha, su talento organizador, poco frecuente entre los artistas, movió al gobierno á nombrarle conservador y director de la Galería Central de Pinturas de Munich y á confiarle al año siguiente la dirección de la Nueva Pinacoteca, en donde no tardó en sentirse la influencia poderosa de su gran actividad.

Holmberg se halla en posesión de multitud de honores y distinciones extranjeros, pero su mejor timbre de gloria son sus obras. — J. DE S.

¡DESPEDIDA!

(Véase el cuadro de Ricardo Brugada.)

La historia que Brugada ha sintetizado de modo

tan admirable en su precioso lienzo, es una de tantas; uno de esos dramas que la sociedad prepara con punible indiferencia y de los cuales se entera, cuando la acción llega á su punto culminante, con hipócrita indignación casi siempre, con verdadero espíritu cristiano casi nunca.

Ella, una pobre muchacha criada entre privaciones y estrecheces y avezada desde niña al rudo trabajo del que depende su subsistencia. Nacida en la privilegiada tierra en donde todo es poesía, en aquella región sin par de nuestro suelo en

donde la naturaleza toda habla á los sentidos, y abrasada por el fuego de aquella sangre ardiente que aviva los latidos del corazón y apaga los movimientos del cerebro, sintió la necesidad de amar, y amó con toda la fuerza de su alma, sin recelos, sin cálculos, sin reservas, sólo por saciar la sed de cariño que la consumía.

El, cualquiera: un señorito, un chulo, un obrero, un seductor de oficio, el ave de rapiña á quien le bastó mostrar las garras para que la codiciada presa se dejara aprisionar en ellas.

Su amor, para ella un poema, una conquista más para él, para el mundo una pasión vulgar.

Juraron amarse eternamente, ella con el corazón, él con los labios, primero en la calle ó en el paseo, á la entrada ó á la salida del taller, luego en la reja, más tarde en la modesta vivienda que la presencia del amante convirtió á los ojos de la enamorada en paraíso de deleites y venturas.

Después, el abandono, las lágrimas arrancadas, más que por la vergüenza propia, por la ingratitud,



Retrato de niño, pintado por Augusto Holmberg

por el desamor de quien no quiso tenderle una mano cuando la vió hundida en la sima en que él mismo la arrojara.

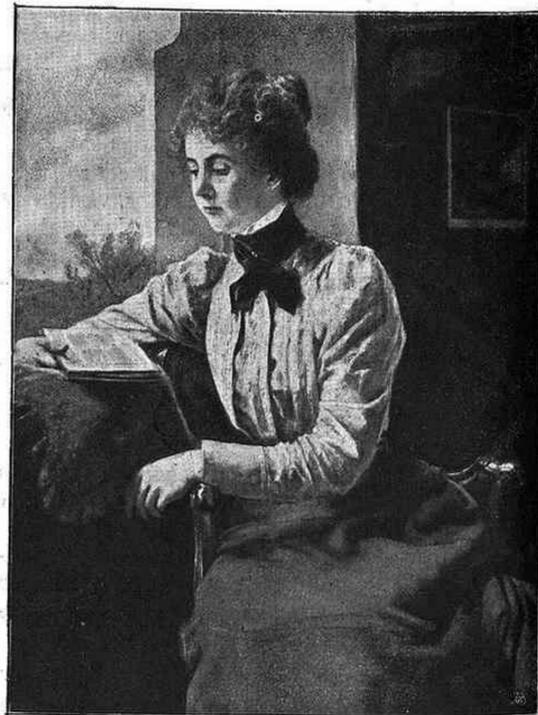
Y aquella madre, sin derecho á dejarse abatir por el dolor, demasiado creyente ó demasiado amante para buscar en su muerte ó en la de su hijo ó en la de ambos el término de tantos sufrimientos, apercíbese á luchar desesperadamente por su existencia, que es la de su niño, y á redoblar sus esfuerzos para no sucumbir en su dolorosa peregrinación por este valle de lágrimas, confiada en que Dios y la sociedad no la desamparán y la ayudarán á llevar á cabo su santa y heroica empresa.

¡Pobre ilusa! Podrá perdonarla Dios, que es todo amor y bondad; pero la sociedad es implacable, no perdona. Bien pronto hubo de comprenderlo así la desdichada. Cuando, tras corta ausencia, volvió á la fábrica llevando en brazos á su pequeñuelo, su presencia fué acogida con murmullos y cuchicheos que se clavaron en su corazón como aceradas espinas. De sus propias compañeras, unas pocas la compadecieron; las más miráronla con burla y desprecio. Y el director, acaso un viejo libertino, no queriendo tolerar tamaño escándalo ni hacerse encubridor de una falta que la moral condena, hizo decir á la infeliz madre que podía darse por despedida.

¡Despedida!

Tentada estuvo de ahogar con sus propias manos al inocente niño, no tanto por librarse ella de la pesada carga, como por evitarle á él los tormentos que en este mundo le esperaban; pero en un momento de lucidez vió el calvario que había de recorrer convertido por el más grande de los amores en florida senda, en cuyo término estaba el premio de sus padecimientos y de sus sacrificios, y sintióse con energías para vencer los mayores obstáculos y llegar á la suspirada meta.

Lloró, suplicó, humillóse, imploró un pedazo de pan para alimentar á su hijo; mas todo fué en vano,



Retrato pintado por Augusto Holmberg



¡DESPEDIDA!, cuadro de Ricardo Brugada,

premiado con consideración y honores de segunda medalla en la Exposición general de Bellas Artes de Madrid de 1901



la orden era irrevocable y debía cumplirse inmediatamente.

Y aquí podría darse por acabada esta historia, una de tantas, poniéndole cada cual el epílogo que le pareciese más conforme con la lógica ó que mejor respondiese á sus sentimientos; pero el autor del lienzo que nos ha inspirado estas líneas ha querido dejar resuelto el problema en todos sus términos, y la solución que nos presenta, ni puede estar más admirablemente expresada, ni puede ser más hermosa ni más conmovedora. La solución está en la inefable mirada que la desventurada madre dirige á la Virgen, mirada que encierra una oración sublime y un tesoro de esperanzas: es una invocación ferviente que aquella mujer abandonada de los hombres eleva á la Madre purísima, convencida que no ha de desampararla, porque perdona á los pecadores y consuela á los afligidos. — S.



BARCELONA. — Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas
En la estación

LAS DOS MÁSCARAS

La gran sala de fiestas del palacio de WhiteHall resplandecía.

La nueva reina de Inglaterra, Enriqueta de Francia, acababa de poner á la moda los bailes de máscaras en la corte de Carlos I.

Enriqueta con sus refinados gustos de francesa caprichosa y Buckingham con el lujo y el despilfarro en él habituales, habían organizado un baile que, por su gran fausto, por su brillantez y por su animación indescriptibles, dejó memoria durante largo tiempo.

Unos cuatrocientos invitados, pertenecientes la mayor parte á la aristocracia inglesa, llenaban la gran sala y los salones contiguos, iluminados por miles de luces.

Los hombres iban con trajes pintorescos de los que, en distintas épocas, se habían usado en las diversas comarcas del país. Las mujeres, cuyos disfraces eran variadísimos — siendo muchos celebrados por su elegancia y su riqueza, — llevaban cubierto el rostro con caretas de terciopelo, de seda ó de encajes.

Una de las máscaras en que más se fijaron todos llamaba la atención, no sólo por la originalidad de su traje de antigua anglonormanda y por las admirables joyas que lucía, sino principalmente por su arrogante y graciosa figura.

El éxito que obtuvo fué inmenso.

Su careta de color de rosa no permitía ver más que unos ojos azules.

Casi todas las mujeres que asistían al baile miraban á aquella máscara con envidia, mientras los hombres, siguiéndola con la vista afanosos, apenas podían disimular la atracción que ejercía sobre ellos. Algunos atrevieron á acercarse á la desconocida, para verla mejor, ó buscando ocasión y pretexto para hablarla, y el mal poeta Rochester hizo hábilmente llegar á sus oídos un improvisado madrigal que causó en ella, sin duda, una impresión de disgusto, pues la misteriosa belleza volvió su espalda al poeta cortesano.

Luego clavó sus ojos en un grupo que formaban lord Rosebery, lord Clifford, lord Broghill, sir Murray y sir Richard Willis; mantuvo allí fija un buen rato su mirada... y pasó, dejándolos confusos bajo el encanto de la divina luz que sus ojos despedían.

— ¿A quién miraba?, preguntábanse los del grupo unos á otros.

— ¡Yo creo que era á sir Murray!, dijo lord Broghill con una sonrisa.

— ¡Vamos!, exclamó sir Murray. ¡Lord Broghill disimula! ¡No puede dudarse que era á él á quien miraba... ¿Verdad, lord Rosebery?

— ¡Estoy seguro de ello!, respondió el interpelado.

— ¡De no serlo sir Murray, es lord Clifford el favorecido!, murmuró lord Broghill maliciosamente.

— ¡No!, contestó lord Clifford. ¡A quien miraba era á lord Broghill!

— ¡Sí, sí! ¡Era á él! ¡Era á él!, repitieron lord Rosebery, sir Murray y sir Richard Willis.

Durante toda la noche no se habló más en White-Hall que de la máscara de la careta de color de rosa. ¿Quién era? Nadie la reconocía...

Por fin, se dijo que no habitaba Londres, sino uno de los condados; que era de una belleza incomparable; que el rey había encargado su retrato á Van

Dyck, pintor ya de la corte; que se llamaba Lucila de Sinderley y que era sobrina de lord Wilmot, hombre ambicioso que no perdonaba medio de captarse la voluntad del monarca...

Sinderley ocultaba algún secreto que nadie había podido ó había osado penetrar.

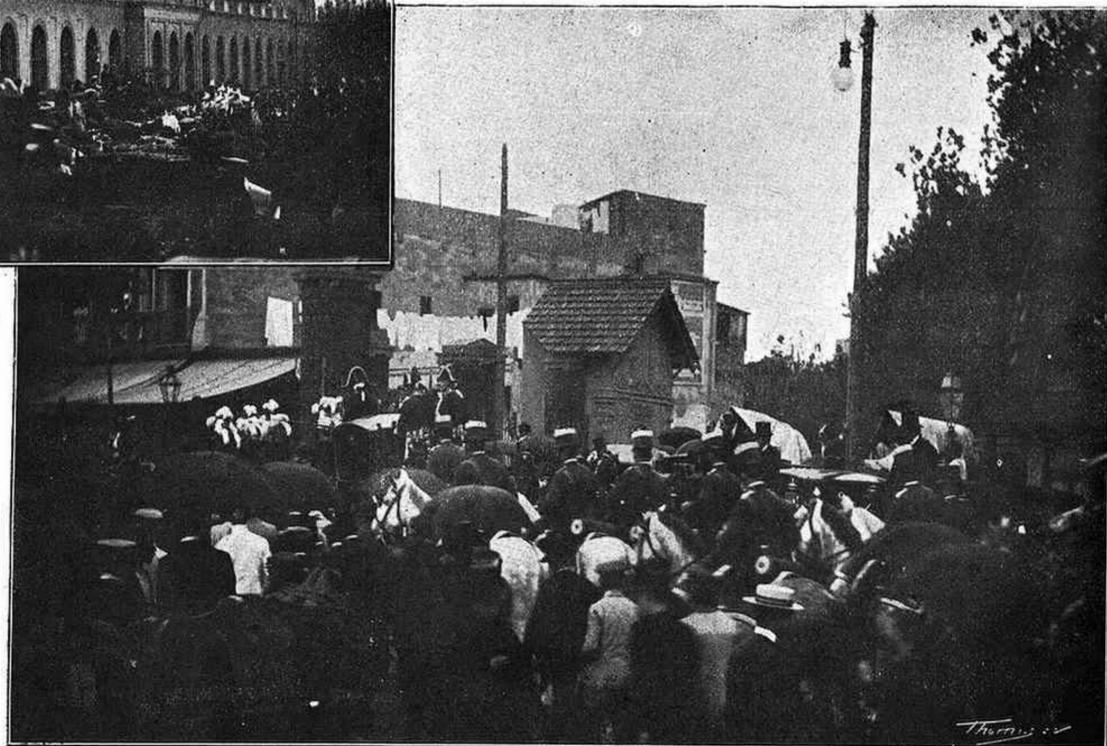
Al período de brillantes fiestas de aquel reinado



S. E. EL CARDENAL CASAÑAS, obispo de Barcelona

siguió el período de terribles convulsiones y de sangrientas luchas, que terminó con la ejecución de Carlos I.

Un verdugo enmascarado ejecutó la sentencia



La comitiva á la salida de la estación

Y, al acabar el baile, también se decía, y no había más que verlo, que lord Broghill, tan famoso por sus muchas victorias de amor, estaba locamente enamorado de Lucila de Sinderley.

Aquella pasión naciente fué un golpe mortal para otra mujer hermosa, la riquísima Jane Graff, con quien lord Broghill iba á casarse en breve plazo.

Cada vez que el galán inconstante miraba á Lucila, recibía Jane una puñalada en su corazón. Cada vez que la máscara de la careta de color de rosa dirigía hacia lord Broghill sus ojos azules, de otra careta confundida entre las ciento que pasaban salía una implacable mirada de odio.

Y al irse Lucila del baile, oyó estas palabras, que le dijo al oído una voz de mujer:

— ¡Mascarita de color de rosa, te acordarás de mí!

El amor de lord Broghill por Lucila de Sinderley fué creciendo, llegó á ser delirante.

Jane Graff, convencida de que su infortunio ya no tenía remedio, se alejó de Londres y vistió de luto por sus muertas esperanzas.

La reina hizo cuanto pudo porque Lucila diera su mano á lord Broghill; mas la encantadora joven, cuya hermosura sin igual era un verdadero prodigio, no se decidía á prometer nada, é iba siempre aplazando el momento de tomar una resolución.

Nadie se explicaba aquella resistencia de Lucila. Atribuíanla muchos á ensoberbecimiento de la hermosa, que quería seguir siempre adorada y festejada por todos. Creían algunos que temía la venganza de Jane Graff... Pensaban la mayor parte que Lucila de

dictada contra el rey. En aquella época de la historia los verdugos mataban con careta.

Al morir Carlos I, divulgóse el rumor de que en la conjuración tramada para su fuga había tenido parte principalísima una mujer de extraordinaria belleza. Fué ésta buscada con singular empeño, no sólo por todo Londres, sino por todo el país, y al fin se supo que era Lucila de Sinderley.

Preso en una casa de campo, cerca del castillo de Holmby, y condenada á muerte, lloraban por ella todos cuantos habían sentido la irresistible fascinación que su belleza causaba, y al ir la sentencia á cumplirse no había quien no esperase el perdón de Lucila. Parecía imposible que fueran á destruir los hombres aquella hermosura sin par... Ni siquiera se creía que el verdugo tuviese valor para cortar aquella cabeza.

Era la víspera de la ejecución, y el perdón no había llegado; pero se dijo que el verdugo estaba enfermo, lo cual dió alguna esperanza á los que querían ver tal ejecución suspendida y á Lucila salvada...

Mas no tardó en correr la noticia de que, antes del amanecer, llegaría otro verdugo y la joven sería seguramente ejecutada al rayar la aurora.

Aún no había amanecido cuando la muchedumbre rodeaba ya el tablado siniestro que acababa de levantarse frente á la prisión de Lucila.

Esta apareció entre los vagos é inciertos albores del día, y junto á ella se vió avanzar con paso firme al verdugo, cuyo rostro cubría una máscara negra.

Al ir á descargar el verdugo sobre su víctima el golpe fatal, dijo á Lucila:

- En un baile de la corte en que me quitaste el amor del hombre que yo adoraba, murmuré á tu oído: «¡Mascarita de color de rosa, te acordarás de mí!» Las dos máscaras volvemos hoy á encontrarnos. La máscara negra tiene que devolver á la máscara de color de rosa el golpe que de ella recibió en aquel baile. ¡Vamos á quedar en paz! ¡Tú aquella noche me arrancaste el corazón, yo ahora te arranco la vida!

Y Lucila, oyendo aquella misma voz de mujer que había oído en White-Hall, se llevó al otro mundo el secreto que se ocultaba tras de aquella máscara negra.

E. GARCÍA LADEVESE.

RÍUS Y TAULET

Aunque tarde, por circunstancias lamentables que no hemos de mencionar, Barcelona ha pagado la deuda que hace tiempo tenía contraída con uno de sus hijos más plecaros, y desde el día 28 de septiembre último, el alcalde digno de memoria impecederá, tiene en el sitio que fué teatro de una de sus mayores glorias un monumento, costeadado por suscripción pública, que perpetuará su recuerdo en nuestra ciudad.

Alzase el monumento, que es obra del escultor Sr. Fuxá y del arquitecto Sr. Falqués, á la entrada del Salón de San Juan, junto al Palacio de Bellas Artes y delante de una de las entradas laterales del Parque: consiste en un gran pedestal de estilo Renacimiento sobre el cual se alza un obelisco; en la parte anterior de éste se ve una matrona, representación de nuestra capital, que corona el busto de Ríus y Taulet, sostenido por una cartela situada en el tercio inferior de la columna; al otro lado de esta estatua hay otra que representa á un joven, símbolo del Trabajo, con el cuerpo desnudo y empuñando un mazo de herrero. Como figura accesoria, un ángel ofreciendo una rama de laurel al eximio patricio.

En la parte posterior, una gran figura alada que simboliza la Victoria y dos genios que representan la Ciencia y las Bellas Artes; en el basamento, una inscripción en grandes caracteres con el nombre de Ríus y Taulet, y en los ángulos del mismo, cuatro bajos relieves en los que aparecen indicadas las principales obras que á éste debe Barcelona.

El monumento, aunque sencillo, tal vez más de lo que correspondía á la persona en cuyo honor se ha erigido, es de excelente efecto, y si en sus líneas se admiran una sobriedad y una elegancia que honran al Sr. Falqués, en la parte escultórica, así en el busto de exactísimo parecido, como en las figuras ampliamente concebidas y perfectamente modeladas, como en todos los accesorios, encontramos una nueva demostración del talento y de las excepcionales dotes artísticas del Sr. Fuxá.

La personalidad de Ríus y Taulet es tan conocida y respetada, no sólo en Cataluña y en el resto de España, sino que también fuera de nuestra patria, que podríamos prescindir perfectamente de hacer su biografía y reseñar su obra; pero creeríamos faltar á la misión de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA si en esta ocasión no rindiéramos un tri-

buto de veneración al barcelonés ilustre diciendo, siquiera en breves conceptos, lo que fué y lo que por Barcelona hizo aquel hombre, modelo de ciudadanos.

D. Francisco de Paula Ríus y Taulet nació en Barcelona en 26 de septiembre de 1833, y después

interior de las Casas Consistoriales, quien erigió á Colón el monumento más grandioso de cuantos en Europa y en América se han dedicado al descubridor del Nuevo Mundo, quien, «en una palabra - como ha escrito recientemente uno de los maestros de la literatura catalana, - hizo en pocos años de la anti-

cuada y pequeña Barcelona una ciudad nueva, modernizada y espaciosa como no puede haber en el mundo otra capital de provincia.»

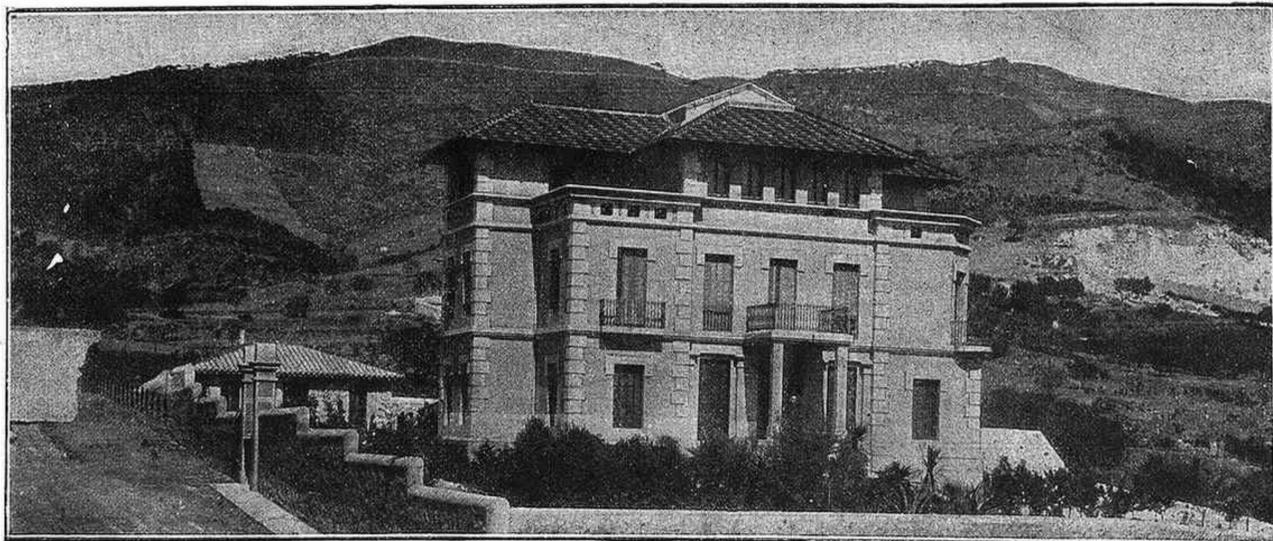
En otro orden de ideas, debe consignarse también que inauguró la Galería de Catalanes ilustres, comenzó en la iglesia de la Ciudadela el panteón que ha de encerrar los restos de los más preclaros hijos de esta tierra, coadyuvó eficazmente á la erección de los monumentos

á Aribau, á Clavé y á Güell, levantó estatuas á Wifredo el Velloso, el fundador de la nacionalidad catalana, á Berenguer, al conceller Casanova, á Roger de Lauria, á Fabrè, el autor de nuestra catedral, á Viladomat, á Albert, á Desclot y al general Prim.

Y como coronamiento de labor tan extraordinaria,



BARCELONA. - MONUMENTO Á RÍUS Y TAULET, solemnemente inaugurado el día 27 de septiembre último, obra de D. Miguel Fuxá (escultor) y de D. Pedro Falqués (arquitecto)



Vista general del edificio construído en Sarriá por suscripción pública y dedicado por la ciudad de Barcelona á Ríus y Taulet

de cursar con gran aprovechamiento la primera enseñanza, estudió en nuestra universidad Filosofía y Derecho, obteniendo en todas las asignaturas de ambas carreras las más brillantes notas. Dedicado al ejercicio de la abogacía, su bufete fué bien pronto uno de los mejores de nuestra ciudad; y atraído por





EL BANQUETE DE BODA, CUADRO DE PABLO SALINAS

Pablo Salinas Roma



su obra magna, la Exposición Universal de 1888, que si emprendida en condiciones normales hubiera revelado al hombre de genio, llevada á cabo tal como lo fué, improvisadamente, teniendo que luchar contra enemigos de fuera y de dentro, combatida por todos los medios, aun los más reprobables, y dificultada y casi imposibilitada por obstáculos que parecían invencibles, reveló en su organizador alientos de gigante y abnegaciones de héroe.

«Juro que la Exposición se hará, pese á quien pese, aunque me cueste la vida,» dijo un día á los que querían hacerle desistir de su intento ante las dificultades inmensas suscitadas por la oposición que en el Senado se hacía al proyecto. Y la Exposición se hizo, y á visitarla acudieron monarcas, príncipes, magnates y gentes de todo el mundo, y en el puerto de Barcelona recibieron nuestros reyes el homenaje más grandioso que haya podido tributarse á un soberano, y aquella inolvidable fecha marcó en la historia de nuestra ciudad el comienzo de una era nueva, el ingreso solemne de nuestra capital en la vida moderna de los grandes pueblos.

No habían transcurrido aún dos años, cuando Rius y Taulet fallecía en sus posesiones de Olérdola; la segunda parte de su juramento quedaba cumplida: la Exposición se había hecho, pero á costa de la existencia del que la realizara.

Pudo haber ocupado en la corte puestos eminentes que le fueron ofrecidos, y alguno de ellos aun otorgado sin consultarle; pero ni aceptó las ofertas ni admitió el nombramiento ante la idea de tener que abandonar Barcelona.

Pudo haber sido rico sin más que aceptar lo que espontáneamente le daban aquellos á quienes sus obras beneficiaban, y murió pobre.

Este es su mejor elogio; esta la prueba más elocuente de su amor inmenso á su ciudad natal.

La figura de Rius y Taulet, ya grande actualmente, se agigantará á medida que el tiempo pase, y las futuras generaciones barcelonesas, á las cuales ni siquiera llegará el recuerdo de muchas falsas glorias de nuestros días, pronunciarán con admiración y con respeto el nombre del ciudadano ilustre é integérrimo, al cual irá perpetuamente unido el dictado de «gran Alcalde de Barcelona.» — M.

NUESTROS GRABADOS

Los emperadores de Rusia y sus hijas.—El actual tsar de Rusia, Nicolás II, casóse en 14 de noviembre de 1894 con la gran duquesa de Hesse, Alejandra Feodorowna. De este matrimonio han nacido cuatro hijas: las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia, que vinieron al mundo en 3 de noviembre de 1895, 29 de mayo de 1897, 14 de junio de 1899 y 16 de junio del presente año. Dícese, y es lo más probable y hasta lo más lógico tratándose de un monarca y más aún de un autócrata ruso, que el tsar desea vivamente tener un hijo varón; pero hasta ahora la suerte no se ha mostrado propicia á sus deseos, lo cual debe ser una contrariedad no pequeña para un soberano del carácter y de la significación de Nicolás II.

Cabeza de niño, dibujo de Emilio Fuchs.—Para apreciar el talento de un artista no siempre se necesita examinar obras de las que el vulgo llama importantes porque hieren poderosamente su imaginación, bien por tratarse en ellas de asuntos interesantes, de composiciones complicadas ó de brillantes efectos de colorido, sino que basta muchas veces un estudio, un boceto, un dibujo, es decir, una de esas producciones en las cuales, por la simplicidad de elementos que en ellas entran, nada distrae la atención y puede, por ende, analizarse mejor la solidez del trabajo. Tal sucede con la cabeza de niño de Emilio Fuchs, que artísticamente considerada vale tanto como un cuadro: mírese como se quiera esta obra, se verá en ella las cualidades que acreditan la valía de un gran dibujante. Ejecutada con exquisita delicadeza sin pecar de frívola, admirablemente detallada sin degenerar en extremadamente minuciosa, lo que más sorprende en ella es la expresión que el autor ha logrado imprimir en aquel simpático rostro, la dulzura de aquellos labios, la intensidad de aquella mirada, la suavidad de aquel cutis, es decir, lo que más contribuye á producir la ilusión de que en aquellas facciones hay la manifestación de un alma, de que por debajo de aquella piel circula la sangre, de que tienen vida, en suma, los trazos que el lápiz ha ido dejando en el papel. Y cuando un artista logra este resultado, bien puede afirmarse que ha llegado á la meta del arte que cultiva.

Barcelona. Llegada del obispo S. E. el cardenal Casañas.—A raíz del nombramiento de S. E. el cardenal Casañas para la sede barcelonesa, publicamos la biografía del ilustre purpurado; hoy, por consiguiente, nos limitamos á

dar cuenta en breves términos de la llegada del nuevo obispo á nuestra capital. El recibimiento que Barcelona dispuso á su prelado fué verdaderamente entusiasta: á esperarle en la estación fueron, aparte de todas las autoridades y del elemento eclesiástico y oficial, representaciones de todos los elementos que integran la vida corporativa científica, literaria, industrial, mercantil y artística de esta ciudad, y las personalidades más salientes en todas las ramas del saber y de la actividad humanas. Mas no fué esto lo que imprimió carácter á la manifesta-

ta á los primeros años del siglo último y nos hace vivir por un momento la vida de nuestros abuelos y asistir á una de sus fiestas características.

El segador, cuadro de Hans Olde.—Los que creen que sólo los artistas nacidos en las regiones meridionales pueden pintar cuadros llenos de luz; los que se imaginan que los pintores del Norte únicamente son capaces de trasladar al lienzo interiores sombríos y paisajes brumosos, tienen un concepto muy equivocado de lo que es el arte en los países septentrionales. También allí hay quien siente el sol y quien sabe fijarlo en sus obras con tanta fuerza y tanta intensidad como pudiera hacerlo el que nació y vivió en la risueña Italia ó en la luminosa Andalucía. En todas las exposiciones se ha visto confirmado esto que decimos, y aun pudiéramos añadir que por extraña ley de los contrastes, á medida que los pintores del Mediodía han ido acentuando la nota vaga y oscura, rayana á veces en tétrica, sus colegas del Septentrión se han enamorado cada vez más de las tonalidades claras y alegres. Como ejemplo de ello, uno de los innumerables que podríamos citar, valga el bellissimo cuadro de Hans Olde, artista residente en las orillas del Báltico: esta obra, pintada á plena luz, nos ofrece todos los tonos brillantes y cálidos que pudiera amasar en su paleta el más meridional de los pintores; contemplándola los ojos se sienten deslumbrados por los rayos del sol y parece que nuestros pulmones respiran la atmósfera de fuego que sobre los campos flota durante las horas abrasadoras del corazón del estío.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DARMSTADT. — En el Museo de Darmstadt se ha verificado recientemente una exposición de grabados japoneses, que son propiedad de J. Bing y que ofrecen gran interés para el estudio de las bellas artes japonesas.

Teatros.—En Viena la censura ha prohibido la representación de la traducción alemana del drama *Electra*, de Pérez Galdós.

— En el Nuevo Teatro de Leipzig se ha estrenado con gran aplauso una ópera de Carlos Weiss *El judío polaco*, cuyo libreto está inspirado en la novela de Erckmann-Chatrion del mismo título.

— La partitura original de la ópera de Mozart *Las bodas de Figaro*, que poseía el editor de música F. Simrock, ha sido por éste legada en su testamento á la Real Biblioteca de Berlín.

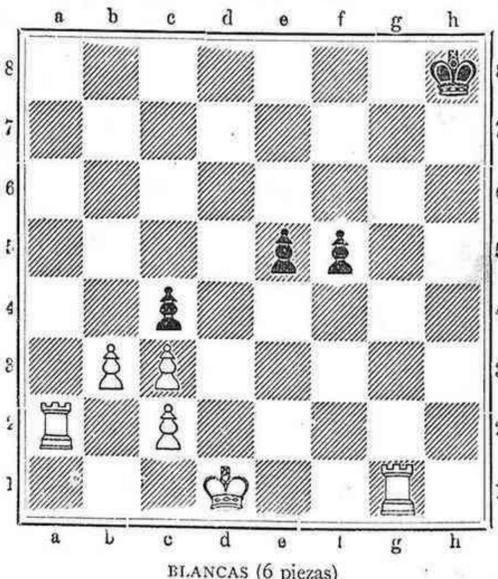
París.—Se ha estrenado con gran éxito en Folies-Dramatiques *L'etude Tocasson*, gracioso vaudeville de Valabregue y Ordonneau.

Barcelona.—Se han estrenado: en Novedades la bellissima ópera de Mehul *Josef*, que ha obtenido escaso éxito, gracias á las deficiencias de ejecución y al poco cuidado con que ha sido puesta en escena; y en Romea, *Toalle Friné*, pieza en un acto de D. José M.^a Pons.

Necrología.—Han fallecido: Pedro Antonio Torres, aplaudido autor dramático catalán. Adolfo Winter, eminente profesor de la facultad de Medicina de la Universidad de Leipzig. Carlos Ludwig, notable paisajista alemán.

AJEDREZ

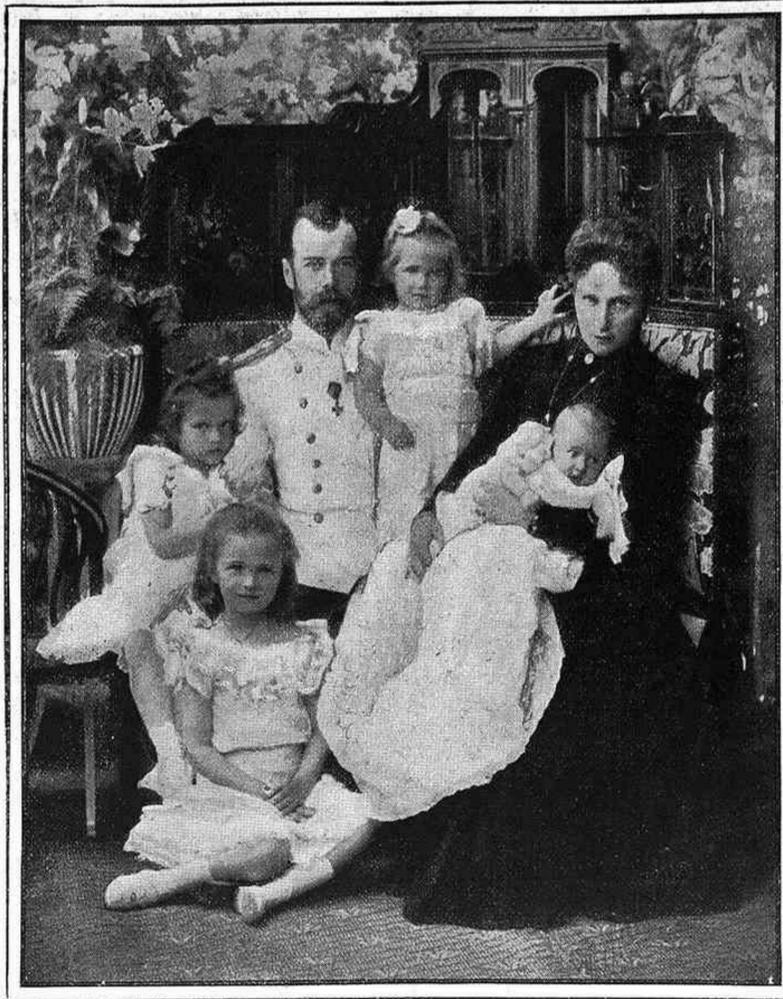
PROBLEMA NÚMERO 256, POR F. KOHNLEIN.
NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (6 piezas)
Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 255, POR B. WARDENER.

Blancas. 1. Th5-e5. 2. D ó T mate.
Negras. 1. Cualquiera.



LOS EMPERADORES DE RUSIA Y SUS CUATRO HIJAS

ción, sino la parte que el pueblo tomó en ella, llenando las calles por donde había de pasar la comitiva, saludando al cardenal Casañas con muestras de cariño y de respeto y acompañándole durante todo el trayecto con sus aclamaciones y sus aplausos. Al llegar á la catedral, el obispo fué recibido por todo el cabildo y beneficiados, resonando en la plaza estruendos vivas á nuestro prelado, y después de haber orado breves instantes al pie del Ara Santa y de haber dado desde el altar mayor la bendición á la multitud que llenaba el templo, dirigióse al palacio episcopal, en donde un batallón de cazadores le tributó los honores de ordenanza que corresponden á su alta jerarquía. En el salón del Trono, el deán del cabildo y el alcalde saludaron al prelado, encomiando los méritos que á éste adornan y ofreciéndole el afecto, la obediencia y el concurso de sus respectivas representaciones; el cardenal Casañas pronunció breves y sentidas frases agradeciendo tales manifestaciones, declarando que su misión de paz lo es también de esfuerzo y de lucha contra los enemigos de la iglesia y ofreciéndose á todos como amigo, como padre y pastor espiritual, dispuesto á sacrificar su vida por el bien de sus diocesanos.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saluda efusivamente al cardenal Casañas, cuyos talentos, virtudes y bondades han de ser fecundo manantial de bienes para esta diócesis, y de cuyo acendrado amor á Barcelona, á la ciudad en donde se desarrollaron las primeras etapas de su brillantísima carrera, pueden esperar todo sus diocesanos.

El banquete de boda, cuadro de Pablo Salinas.—En dos grandes géneros pueden agruparse las obras pictóricas: uno de ellos habla directamente al corazón ó al entendimiento, el otro sólo se dirige á los sentidos; el primero hace sentir ó pensar, el segundo recrea los ojos. ¿Cuál de ellos llena mejor los fines del arte? Cuestión es esta que todavía no ha encontrado una solución absoluta y definitiva, ya que ha sido resuelta de muy distinto modo, según las varias circunstancias de lugar y tiempo. Dejemos, por consiguiente, que tratadistas y críticos sigan estudiando y discutiendo este asunto, y aceptando la definición de un eminente escritor, según la cual «el arte es la libre reproducción de lo bello,» admitamos como buenas todas las obras que á este concepto respondan. Y en el número de ellas debe ser incluida indudablemente la del celebrado pintor español Pablo Salinas, que reproducimos en el presente número y en la cual el autor ha prodigado, en un reducido espacio, innumerables bellezas, una riqueza de formas y de colores deslumbrante. La época en que la escena se desarrolla préstase como pocas á esos alardes de imaginación, á esos efectos pintorescos, á esos prodigios de dibujo y de colorido que son propios de la escuela en que fué maestro el malogrado cuanto ilustre Fortuny y en la que se han educado muchos y muy eminentes pintores españoles contemporáneos, Salinas entre ellos. *El banquete de boda* merece ser considerado como uno de los cuadros más hermosos que dentro de estas tendencias se han producido: todo en él se halla admirablemente combinado sin la menor confusión, todo tiene verdadero carácter, los personajes, los trajes que visten, los muebles que adornan la estancia, las pinturas, estatuas y tapices, el servicio de mesa, constituyen un conjunto armonioso que nos transpor-



Sentada sobre una butaca frente á la mesita escritorio de su gabinete, Estrella reflexionaba

UN MISTERIO

NOVELA POR HENRY GREVILLE. — ILUSTRACIONES DE MÉNDEZ BRINGA

(CONTINUACIÓN)

¡Indescifrable! No lo había sido nunca el semblante de la joven, y menos en aquellos momentos en que se esforzaba con inquieta curiosidad por atravesar la máscara de indiferencia con que Benoist disimulaba su propio deseo de saber algo. Pero el joven estaba sobradamente preocupado para que no se obcecara cada vez más; así es que no tardó en interpretar la inquietud de la viuda como una manifestación de que su conciencia estaba turbada.

Mad. Montclar adivinó la molestia que á ambos ocasionaba aquel silencio hostil, y para acabar con ella, hizo á Benoist la pregunta que desde largo rato asomaba á los labios de Estrella.

— ¿Ha oído usted decir algo que se relacione con el fatal suceso?

Benoist, antes de contestar, miró á Estrella. Esta ni se había ruborizado ni palidecía; esperaba la respuesta con los labios ligeramente entreabiertos y el cuerpo inclinado hacia adelante, en actitud de prestar suma atención.

El joven decidió dar á conocer á sus interlocutoras los motivos que, según todas las presunciones, impulsaron á Raimundo al suicidio.

— Se dicen muchas cosas, respondió midiendo perfectamente el alcance de sus palabras. Hay absoluta resistencia á creer en un accidente...

— ¿Qué puede suponerse entonces?, observó madame Montclar llevando á sus labios, por un movimiento nervioso, el pañuelo que tenía en la mano; nosotras, que debiéramos saberlo todo, nos hallamos en completa obscuridad...

— No tan completa, estimable señora.

Ambas mujeres, por un mismo impulso, se incorporaron, mirándole atentamente.

— Está ya probado, con seguridad, que Raimundo encontró entre su correspondencia una carta que leyó repetidas veces y que ha sido la causa determinante de su fatal resolución.

— ¿Una carta?, dijo Mad. Montclar. ¿Dónde está? ¿Qué decía?

— No lo sabemos. La carta ha desaparecido; Raimundo debió quemarla... con otros papeles quizás.

El joven miró á Estrella, que con los ojos fijos en él le escuchaba con vivísimo interés.

— ¡Una carta! ¡Matarse por una carta! ¿Es posible? ¡El desgraciado estaba loco!

— Eso creemos, dijo Benoist.

— Creemos..., ¿quién es ese otro?

— El sustituto encargado de la información y yo. — ¿Hay una información?, exclamó Mad. Montclar con cierto horror. ¿Una información en esta casa tan digna y respetada?

— Era preciso. Tranquilícese usted, no obstante, apreciable señora el secreto está tan bien guardado como es posible; pero es indispensable que la causa de la muerte de Raimundo se averigüe y que si ha lugar á ello se le vengue.

— Sí, es verdad. Pero ¡una información! La justicia aquí..., ¡es muy duro! En fin, puesto que es preciso...

— ¿Por eso es por lo que se me ha interrogado?, preguntó Estrella con naturalidad.

— Precisamente, señora. Un indicio había hecho suponer que el autor de esa carta tiene relaciones en Laval.

— Raimundo no conocía á nadie en ese pueblo, contestó Mad. Montclar, no repuesta todavía por completo de las emociones que había experimentado. ¿Hay allí guarnición?

— Sí, y por ese lado se están haciendo ahora averiguaciones.

Benoist no dejaba un momento de observar el semblante de Estrella.

— ¿Qué opina usted con relación á esa carta?, preguntó ésta. Algo debe usted presumir acerca de su contenido.

El joven vaciló un instante; la serenidad de Estrella le exasperaba.

— Tememos, dijo, que fuese una revelación, verdadera ó falsa, de hechos tales que...

— ¿Algún anónimo?

— No es probable. Raimundo hubiera despreciado un anónimo.

— ¿Qué podía decir?, exclamó Mad. Montclar algo exaltada. Nuestra familia es, á Dios gracias, sin tacha. ¡Si hubiera habido alguna vez, no diré una mancha, sino sólo una sombra en la casa... Pero no, estamos limpios como el armiño, lo mismo los Beaurand, que los Vernon, de cuya familia procedía

la esposa de mi hermano. A los Brunaire nada puede tampoco reprochárseles...

Las miradas de Benoist dijeron con tanta claridad: «¡Ah! ¿Habéis pensado en esto?», que la anciana lo adivinó perfectamente.

— ¡Pobre querida mía!, dijo levantándose y estrechando á Estrella entre sus brazos. Espero que no se habrán atrevido á manchar con sus suposiciones ni á ti ni á tu familia...

— Así lo espero, repuso Estrella rodeando con uno de sus brazos la cintura de Mad. Montclar y mirando á Benoist con cierta altivez que los rasgos de su rostro no disimularon. ¿Es á mí, caballero, á quien se acusa de haber tenido alguna intervención en la muerte de mi esposo?

— Todavía no, señora, respondió el joven devolviéndola reto por reto.

— Sr. Benoist, responda usted, dijo Mad. Montclar. ¿Se acusa á mi sobrina?

— Todavía no, señora, como he tenido el honor de decirlo ahora mismo.

— Pero ¿se la acusará?

— Es probable. Son muchas las personas que tienen noticia de que ha habido una carta, y no soy yo por cierto quien se lo ha dicho, os lo aseguro: se trata de averiguar lo que el tal escrito contenía, y de eso á suposiciones ofensivas, no hay más que un paso.

Estrella pensaba entretanto: «Ayer era Mad. de Polrey quien se expresaba en este sentido, hoy es ese hombre á quien no conozco...»

— Caballero, dijo la joven, ¿he cometido alguna injusticia? Sin saberlo, ¿he perjudicado á alguien? ¿Qué interés pueden tener, si no, personas que no conozco, en despedazar la reputación de una mujer?

— Nada sé, señora, como he tenido la honra de decir. No me censure usted por haberla avisado; creí que debía hacerlo, atendida mi amistad con Raimundo y el respeto que me infunde cuanto con su buen nombre se relaciona.

— Nada temas, hija mía, exclamó abrazándola Mad. Montclar; si te acusan, yo te defenderé. Tu desgracia es ya por sí bastante grande para que se la haga mayor por medio de la calumnia. Nadie se



atreverá á decir contra ti una palabra, cuando se vea que tu honor está sostenido por el mío. Abrazame, sobrina, y preséntate ante el mundo con la frente alta. Serás defendida y hasta vengada si es preciso, ¿no es verdad, Sr. Benoist?

El joven se inclinó silenciosamente, mientras por algunos momentos se fijaban en las suyas las miradas de Estrella, quien parecía preguntarle: «¿Qué te he hecho para que seas mi enemigo?»

Otra mirada de Benoist pareció responderla: «¿Por qué estaba tu retrato hecho pedazos entre las cenizas de la chimenea?»

Pero la joven no le comprendió. No tenía noticia de estos pormenores.

VII

Sentada en una butaca frente á la mesita escritorio de su gabinete, Estrella reflexionaba.

Habíase colocado allí para escribir á alguien, para confiar sus penas y pedir una muestra de simpatía; pero al destapar el tintero notó que no tenía á quién dirigirse.

Nuestras costumbres exigen que una joven no tenga, por decirlo así, vida propia, y que participe únicamente de la de su familia, no recibiendo ni haciendo visitas más que acompañada de su madre, salvo acaso á las amigas cuyo trato ha sido aprobado por todos; y si esto sucede por regla general, con más razón aún se encuentra aislada completamente una huérfana, desde el momento en que cualquier catástrofe la priva de las personas que más inmediatamente la rodean.

Estrella, que no había tenido necesariamente otras relaciones que las de la baronesa de Polrey, se hizo cargo en aquel momento de que estaba sola en el mundo. No contaba ni con una mujer á quien comunicar sus sufrimientos, ni con un hombre cuyo apoyo pudiese pedir. Ciertamente que Mad. Montclar le profesaba cariño desde que quiso hacerle la esposa de su sobrino, casi su nuera; pero aquella amistad era de fecha muy reciente, y por otra parte, ¿no podrían acaso modificarla los acontecimientos?

Realmente no contaba con nadie en quien desahogar las angustias que oprimían su corazón, pues precisamente era Mad. Montclar la mujer con quien menos posibilidad tenía la joven viuda de hablar á sus anchas de las cuestiones que la atormentaban. ¿Cómo había de poder iniciar siquiera con ella las candentes dudas que rodeaban el trágico misterio?

Jamás, hasta entonces, había sentido Estrella la necesidad de un apoyo. Su infancia triste, pasada junto á una madre enferma y melancólica, la habituó desde muy niña á contar tan sólo con su propio esfuerzo, influyendo ello en gran parte para que el fondo de aquel dichoso ser estuviera constituido, como elementos principales, por un buen humor raras veces perturbable y una sonriente resignación contra las adversidades.

Durante los años que pasara en un convento, todo le divirtió, le gustó todo, hasta sus estudios, mostrándose siempre buena compañera, sin ese exclusivismo algo receloso que conduce á formarse un círculo particular de amigas; resultando de todo ello que siendo muy popular entre las colegialas, no trabó ninguna de esas relaciones íntimas de la adolescencia, que tanta importancia tienen cuando las jóvenes dan los primeros pasos en la vida.

Las señoritas de Polrey no eran de carácter á propósito para inspirarle muy vivos sentimientos. Juntas aparecieron en sociedad, siendo Estrella la mayor de todas, y juntas también se rieron de lo que les pareció cómico; pero nada profundo se escondía bajo aquella pequeña capa de agua que rodaba sobre guijarros. La señorita Brunaire comprendía perfectamente que una vez casadas, las tres compañeras marcharían con rumbos bien distintos, en los que no era probable que se encontrasen en lo sucesivo. Las Polrey tomarían la vida desde el punto de vista de un cotillón bien dirigido y se asegurarían brillantes parejas; Estrella deseaba algo más serio: su aspiración era encontrar un esposo, único á quien profesase afecto y amor inmenso hasta la tumba.

Su ideal lo encontró casi en Raimundo de Beurand; casi, porque el afecto no tardó en sentirlo á impulsos de una grande y ardiente simpatía; sólo el amor faltaba...; pero Estrella abrigó la esperanza de que más tarde lo sentiría.

A pesar de todo, no aceptó el proyecto de boda sin haber sostenido antes cierta lucha interior, que hizo decir maliciosamente á Valentina de Polrey: «Es que se hace rogar;» cuando estaba bien lejos de la mente de Estrella tan mezquino propósito.

La verdadera causa de las vacilaciones de la joven era que le parecía casi peligroso casarse con un hombre á quien no estaba segura de que profesaría

amor con el tiempo, y al que por tanto no le era posible de antemano hacer el juramento de amarle á él solo y para siempre.

Esta misma duda expresó con toda franqueza á Mad. Montclar cuando ésta fué á solicitar su consentimiento, aprobando la anciana aquella escrupulosa delicadeza; pero, como suele hacerse siempre en semejantes circunstancias, dejando á un lado aquella objeción de una alma inocente y leal.

— Tienes el corazón demasiado noble, querida niña, le contestó la tía de Raimundo, para que dejes de amar á un ser que aprecias y que siente por ti tan tierno apasionamiento.

Estrella consintió, pues...; pero cuando sola en el gabinete que había sido preparado para la joven pareja, penetraba con implacable precisión hasta lo más profundo de su alma, se arrepentía amargamente de haberse dejado convencer y de no haberse mantenido firme en la negativa.

Y no es que sintiese la joven tal arrepentimiento únicamente por el egoísta afán de disfrutar reposo y dicha, sino porque le agitaba sordamente un vago temor inspirado por las palabras de Teodoro Benoist. Estaba segura de que nada tenía que censurarse; pero ¿era posible que se hubiese dirigido contra ella una acusación tan grave, que Raimundo prefiriera morir que revelársela? Y si era así, ¿para su mismo esposo no hubiera sido mejor infligir al hombre enamorado el disgusto de una negativa? Además, ¿se hubiera nadie atrevido á calumniar tan gravemente á quien no fuera una huérfana, abandonada á pesar de los que en apariencia la sostenían?

«Raimundo viviría sin duda, si no hubiese sido yo su esposa,» pensaba Estrella, poseída de la mayor tristeza.

Y añadió por una reacción bien natural en las circunstancias en que se hallaba:

«Y yo no me vería despeñada en este abismo de peligros, ni envuelta en esta serie de disgustos.»

La pobre mujer estaba, en efecto, absolutamente sola en el mundo. Nada relacionado con su vida anterior la había seguido al hotel de Beurand, pues los pocos objetos á que profesaba íntimo cariño, los había enviado á la quinta donde se propuso pasar el verano. Estos, tan pocos en número y de tan escasa importancia, no dejaron, sin embargo, cuando la joven los vió alejarse, de atraer á sus labios una sonrisa de lástima y de melancolía á la vez.

«He vivido siempre provisionalmente, había dicho en aquella ocasión á Mad. de Montclar: en el convento, como educanda que aspira á marcharse; en casa de Mad. de Polrey, aguardando el día de mi casamiento... ¡Espero que Beurand será mi vivienda definitiva!»

¡Ah! Tampoco era éste su definitivo domicilio...

Su imaginación, excitada, la hacía verse ya, para una época más ó menos lejana, recorriendo errante y sola siempre los hoteles de las grandes ciudades de Europa, estremeciéndose ante la idea de que, como á tantas otras ricas en bienes y pobres en amigos, la rodearía una turba de aduladores interesados, de mujeres maestras en el arte de fingir, y de mendigas disfrazadas de grandes señoras.

Pero ¿tenía enemigos? ¿Cómo era posible que una joven modesta, sin un carácter violento, que no había tenido, puede decirse, vida propia, hubiera llegado á crearse un odio tan implacable que la condujese á obtener tan desastrosos resultados?

La calumnia, cuando por primera vez sentimos sus efectos, nos encuentra siempre inermes y consternados. Nuestro primer impulso en estos casos, no es de indignación, sino de estupor. «¿Cómo es posible que se me aborrezca hasta tal punto?» es la reflexión que inmediatamente ocurre á toda persona honrada y justa. Al principio parece un sueño inverosímil lo ocurrido, y hasta llega á suponerse que todo se debe á un error que no se tardará en reconocer y reparar, siendo preciso que transcurra un buen lapso de tiempo para que nos convenzamos de que somos real y positivamente nosotros los seres á quienes se odia.

Estrella se hallaba aún en el período de estupor; pero además de la reflexión que hemos expuesto, en su cerebro, no del todo despejado, empezaba á asomar otra idea. «¿Por qué Raimundo no habría ido lealmente á comunicarla lo que ocurría?» ¡Ella le hubiera demostrado al instante cuán infundada era la calumnia!

Poco á poco esta consideración fué sobreponiéndose á todas las demás. Raimundo era bueno y honrado, no le había visto nunca dar muestras de cóleras absurdas, ni de ridículas credulidades: ¿cómo explicarse entonces que hubiera obrado con tal precipitación? ¿Acaso un acceso de locura? Pero ¿era posible un rapto semejante, sin que nada lo hiciera presumir de antemano?

Atormentada por estas dudas, Estrella resolvió aclararlas en seguida por medio de Mad. Montclar; pues por delicado y peligroso que fuese tal propósito, lo juzgaba de todo punto necesario; y por otra parte, las palabras que la anciana había contestado á Teodoro Benoist le infundían alguna confianza en el cariño de aquella buena señora. Para defensa de su propio honor, consideraba la joven preciso conocer el carácter de Raimundo más íntimamente que puede ser conocido por una novia el de su prometido.

Decidida á interrogar á su tía, cerró el escritorio y dió orden para que preguntasen á aquella si se dignaba recibirla.

La anciana le contestó dirigiéndose inmediatamente á las habitaciones de la joven viuda.

En medio de su horrible desesperación, lo que más agobiaba acaso á aquella pobre mujer era su soledad. Durante los últimos meses que habían transcurrido, la agitación de una gran casa llena de obreros, las continuas idas y venidas necesarias para los preparativos de «un gran casamiento,» llenaron sus oídos y distrajeran su ánimo; de aquí que el triste silencio que poco después impuso el luto á aquella mansión, y que no pudo menos que comunicarse á todos los pormenores de la vida material de dos mujeres unidas en un mismo sufrimiento, que no debía comunicarse al exterior, pareciese á Mad. Montclar una envoltura odiosa, algo como una camisa de fuerza que aprisionaba su alma, y hacía que sintiera gran complacencia en poder libertarse de ella.

— ¿Querías hablarme, sobrina?, dijo dirigiéndose á Estrella.

La joven la hizo colocarse cómodamente en un sillón, antes de contestar. Muchas veces había visto á Raimundo ocuparse también delicadamente en procurar la comodidad de su tía y juzgaba muy natural reemplazarle. Esta atención hizo que acudieran á los ojos de la anciana algunas lágrimas, que se apresuró á secar.

— Dispénsame usted, querida tía, dijo Estrella, una pregunta que le parecerá en sumo grado impertinente; pero, en la situación en que nos encontramos, ¿no le parece á usted justo que nos valgamos de todos los medios necesarios para que se disipe la obscuridad que nos envuelve?

— Habla, contestó Mad. Montclar.

— ¿Ha notado usted alguna vez en su sobrino alguna exaltación..., alguna particularidad que permita atribuir su último acto á un rasgo de sobreexcitación mental?

— Jamás, respondió con firmeza la anciana; Raimundo poseía uno de los espíritus más equilibrados y sanos que pueden hallarse. Su único punto débil, si tal puede llamarse un sentimiento tan sagrado, era una vivísima sensibilidad para con todo lo que se refería á su padre, cuyo trágico y prematuro fin le impresionó de un modo violentísimo. Para todo lo demás, su cabeza estaba perfectamente organizada y su cerebro no podía ser más sereno.

— ¡Su padre!., exclamó Estrella. No había pensado en esto. ¿No puede ser posible que la carta..., esa carta, ya sabe usted cuál, tuviese relación con algún episodio de la vida de su padre?

Mad. Montclar se incorporó enrojecida; y con la mano derecha levantada, exclamó con una animación extraordinaria en ella:

— ¡Yo aseguro, puedo jurar, que en la vida de mi hermano nada hubo que pueda servir de pretexto para una acusación deshonorosa! ¡Nada, jamás!

— Pero, querida tía, la calumnia no necesita pretexto alguno...

— En ese caso Raimundo hubiera vivido para buscar al calumniador y matarle, después de haberle confundido... No, no, sobrina, esa suposición no es admisible.

— Entonces, dijo la joven con calma, renunció á pensar en ello. Tía, ha perdido usted un sobrino que era para usted un hijo; pero yo..., yo lo he perdido todo... Sin parientes, sin amigos..., bien lo ve usted, recibo muchas tarjetas, pero ni una sola carta en que se contenga una frase de afecto... Raimundo lo constituía todo para mí; me entregaba á él con la más absoluta confianza... Se ha ido sin dejarme una sola palabra de despedida, y me encuentro mil veces más sola que la víspera de mi casamiento. Si hubiese muerto aquel día, todos hubieran tenido lágrimas para compadecerme... Ahora no veo en torno mío más que indiferencia y hostilidad... ¡Dispensadme, pues, si trato de buscar una causa á la espantosa catástrofe que me ha quitado todas las alegrías y que amenaza despoñerme hasta del honor!

La joven había pronunciado estas palabras con la mayor sencillez, por más que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Mad. Montclar, emocionada, se levantó, y estre-

chándola entre sus brazos, la besó con ternura en la frente, exclamando:

— ¡Hija mía, ten confianza en mí; buscaremos juntas!

VII

— ¿Nada ha averiguado usted?, dijo Andrés Bolvín al ver entrar en su despacho á Benoist, de quien acababa de recibir la tarjeta.

— Absolutamente nada. Estamos en el caso de pensar si nos habremos equivocado por completo. Yo creo que será preciso hacer algunos trabajos fuera de la capital.

— Fuera he investigado ya, repuso el joven substituto. Se han practicado diligencias en provincias, en todas partes donde M. de Beaurand tenía relaciones ó compañeros; se han hecho averiguaciones en los regimientos, entre los que habían estado á las órdenes del capitán ó que hubieran podido conocerle con cierta intimidad; pero no se ha descubierto el menor indicio que pueda indicarnos una pista.

— ¿Ni nada tampoco que confirme á usted en sus sospechas?, insistió Teodoro.

El teniente se encontraba en un estado de ánimo especialísimo. Su razón, su sentimiento del honor, su respeto hacia la mujer se rebelaban contra la idea de que Mad. de Beaurand pudiese de cerca ó de lejos hallarse relacionada con las causas que originaron la muerte de su marido, y sin embargo, se había despertado en su interior una desconfianza noble, puramente instintiva, cuando la vió tan tranquila en apariencia junto al cadáver aún caliente del hombre con quien acababa de casarse. Hubiera dado cuanto poseía por encontrar al autor de la carta y obtener la seguridad de que sus sospechas eran una locura, pero al mismo tiempo puede decirse que deseaba tener la certidumbre de que no se había engañado. La duda era angustiada, ansiaba de cualquier modo y á toda costa salir de ella, y esto era precisamente lo que no podía conseguir.

— ¿Nada ha venido á probar que esa carta contuviera lo que dijo usted?, repitió Benoist al ver que Bolvín no había contestado á su pregunta.

— ¡Francamente... no!, repuso el joven magistrado mirando con cierta preocupación un papel que tenía extendido sobre la mesa. No, y sin embargo no puedo borrar de mi ánimo la impresión que me produjo la extraordinaria calma de Mad. de Beaurand. ¡Era tan poco natural aquella actitud!

— Es una mujer que tiene un gran imperio sobre sí misma, observó Teodoro con alguna irritación.

— Es evidente.

Bolvín empezó á hacer dar vueltas entre sus dedos á un cortapapeles de marfil, cuyos movimientos mareaban en sumo grado á su interlocutor. De repente dejó sobre la mesa aquel dichoso objeto, diciendo:

— Mire usted, hay cosas que una vez leídas ú oídas se graban perfectamente en la memoria y no pueden olvidarse jamás. Cuando Enrique IV fué asesinado — dispénseme usted esta pequeña pedantería histórica, — no faltó uno de sus contemporáneos que escribiera, refiriéndose á María de Médicis, una frase que no consta siquiera de una docena de palabras: «No se mostró muy admirada de la muerte de su marido.» Pues bien: esa frase ha pesado y pesará siempre sobre el nombre de aquella reina.

— ¡Que acaso era inocente!, añadió Benoist.

— Puede ser... y hasta es probable. Al ver á madame de Beaurand, se evocó en mí ese recuerdo y no puedo abstraerme á él.

— Este no es el método científico, dijo Benoist levantándose.

— Se han hecho muy singulares descubrimientos merced á semejantes intuiciones, replicó Bolvín, que continuaba sentado. Observe usted bien, caballero, que está muy lejos de mi ánimo la idea de una acusación; pero no puedo librarme del presentimiento de que M. de Beaurand se ha dado muerte... por causa de su esposa.

— Lo que no sería una razón para que ésta supiese siquiera de qué se trataba, respondió Benoist con cierta aspereza.

— En efecto...; pero entonces, ¿á qué venía esa serenidad que llamó la atención de usted y la mía? El joven no supo qué contestar.

— Adiós, dijo, puesto que nada tengo que comunicar á usted, ni nada le queda á usted que decirme. Bolvín se levantó, diciendo:

— Sr. Benoist, siento que no me sea posible hacer la menor luz sobre este asunto, tan dolorosamente obscuro; dispénseme usted si no he obtenido mejores resultados...

— ¿Es que considera usted terminadas las diligencias?

— Provisionalmente, no hay otro remedio. Por cierto que debo devolver á usted los papeles que se encontraron en el gabinete de su desgraciado amigo... El paquete no es muy grande. ¿Quiere usted llevárselo y entregarlo á quien de derecho corresponde?

— Bueno, contestó Benoist con vago disgusto. Bolvín abrió un cajón de su mesa y sacó un pliego en el que se contenían las últimas cartas leídas por Raimundo. En la parte superior del paquetito estaba el sobre timbrado en Laval. El substituto lo miró atentamente, y por decirlo así, con pesar.

— El secreto está aquí, dijo tocándolo ligeramente con un dedo; pero el sobre es mudo... Sr. Benoist, ¿quiere usted un consejo, nada más que un consejo de todo punto desinteresado? Guarde usted ese sobre; no hable de él á nadie; quizás algún día la carta que falta vendrá por sí sola á colocarse en su envoltura, y entonces lo sabrá usted todo.

— ¿Que no hable de él á nadie? ¿Ni siquiera á Mad. Montclar?

— Es perfectamente inútil, pues se ha evidenciado ya que esa pobre señora no puede ayudarnos en nada.

Y... ¿á Mad. de Beaurand?

— Aconsejo á usted que no hable de él á nadie, repitió el magistrado con una sonrisa algo escéptica.

— Sin embargo, si ella reconociese el sobrescrito, si...

— Es poco probable que reconozca una escritura que se asemeja á la de todas las personas que no tienen ó que han perdido la costumbre de escribir; esta clase de caligrafía desconcierta los esfuerzos de los más peritos. Siempre estará usted á tiempo de hablarle de esto, si las circunstancias lo exigen.

— No obstante...

Bolvín apoyó ligeramente el extremo de su índice en el brazo de Teodoro, diciéndole al mismo tiempo:

— Tenga usted en cuenta que si Mad. de Beaurand no sospecha nada, va usted á poner en sus manos, sin provecho alguno, un objeto que constantemente ha de preocuparla.

— Pero, exclamó Benoist, sabe que se sospecha de ella...

— ¿Quién se lo ha dicho?

— ¡Yo! En un momento de mal humor... La vi, en verdad, demasiado tranquila...

— Ha cometido usted una falta. Mad. de Beaurand desconfiará de usted...

— Creo mejor que va á odiarme, si no lo hace ya.

— Lo uno no impide lo otro; muy al contrario, observó el substituto con una sonrisa algo burlona. Hemos tenido la suerte de conocernos, caballero, y el caso de que se trata llama tanto más mi atención, en cuanto me inspiraba su amigo de usted grandes simpatías, lo que me permite hablar á usted de un modo extraprofesional. Guarde, pues, el sobre para usted, y cuente conmigo tantas veces como pueda serle útil, por insignificante que sea lo que tenga que pedirme; pero si llega usted á averiguar algo, particípemelo.

— Convenido, repuso Benoist, estrechando la mano del magistrado.

Cuando el ex militar se vió en la calle, respiró dos ó tres veces con gran fuerza, como si esperase que el aire libre disipara su disgusto; pero nada logró, pues conforme iba andando por la orilla del Sena, su frente se nublabá más y más, y sentía que iba aumentando la preocupación en su ánimo. Por fin, como si en ello tratase de encontrar un poderoso elemento de distracción, se detuvo en el muelle, contemplando el admirable paisaje de piedra que ante su vista se extendía.

El hermoso sol de una mañana de primavera doraba los árboles de las alamedas, que tan hermoso conjunto de verdura forman junto al agua del río, bajo el pabellón de Flora; las esculturas del Louvre se presentaban con un lustre brillante al contacto de aquella luz vivísima, y despedía rayos como una aureola el dorado fondo sobre el que se levanta atrevido el Genio alado de Antonio Mercié.

Los botecillos, los remolcadores y las almadías cruzaban en todos sentidos el agua verde y pajiza que besaba murmurando los pies de los arcos de los puentes; las golondrinas lanzaban agudos y repetidos píos azotando ligeramente la superficie de las pequeñas y encontradas ondas, y las lavanderas cantaban alegremente en las balsas lavaderos, oyéndose bien distintas sus risas en los intervalos en que se apaciguaba un tanto el murmullo del río.

Frente á la Escuela de Bellas Artes, en los extremos del puente del Carrousel, ondeaban en altísimos mástiles gallardetes de variados colores, anunciando una Exposición; los coches, los ómnibus y toda clase de vehiculos circulaban con una animación metódica, por decirlo así, con esa especie de

fiebre reglamentada que admira á los forasteros que la ven por primera vez; transeuntes, apresurados unos, con paso lento otros, trabajadoras, ancianos prudentes con marcha cansina, dependientes cargados de paquetes, una muchedumbre inmensa iba y venía, sin que ninguno estorbaba el paso á los demás, deteniéndose casi todos por un movimiento involuntario, ya para ver correr el agua ó ya en el muelle para contemplar la suntuosa masa de verdura que desde el puerto Real se extiende hasta el Trocadero, teniendo por coronamiento el Arco de Triunfo, dorado en aquellos momentos, como una de las puertas del Paraíso, por la luz espléndida de la mañana.

Bajo los plátanos que apenas verdeaban, los cajones de los libreros de viejo atraían grupos de curiosos que se asemejaban un tanto, salvo en el zumbido, á un enjambre de abejas sobre un campo de tomillo. Benoist los miró con verdadera envidia.

Aquella gente era feliz, picoteando, por decirlo así, la ciencia ó el arte que se contenían en los libracos, harto caros para lo que permitían sus bolsas, y que después de cien veces hojeados suelen acabar por ser leídos desde la portada al índice; aquellos seres no estaban como él mortificados por una idea obcecadora, maldita, casi odiosa, hija de algún germen absurdo... Mientras rebuscaban, con la nariz junto al libro entreabierto, á la luz de aquel claro sol de mayo, aquellos seres tenían cuando menos el alma sana y tranquila...; pero él, ¿qué habría hecho para que una tan malvada y penosa idea se hubiese fijado en su cerebro?

Buscando la calma donde los demás parecían encontrarla, se acercó al azar á uno de los puestos y abrió el primer volumen que le vino á mano. Era un libro inútil; lo dejó en su sitio y tomó otro: era una novela relatando un drama judicial, y tenía por título: *Buscad la mujer*. Impaciente ya, lo soltó también, apoderándose, con objeto de hojearlo, de un paquete de folletos, no tardando en ver sobre una cubierta amarilla esta inscripción en grandes caracteres: *Procesos célebres*.

No cabía dudar que la fatalidad perseguía á Benoist, quien continuó su paseo á lo largo del muelle, mirando los árboles de las Tullerías y esforzándose por impregnarse del sereno ambiente que reinaba en aquel rincón de París, casi mudo, casi inmóvil, cuyo silencio sólo alteran de vez en cuando las trompetas del cuartel de dragones dando algunas notas musicales, que se oyen más allá de las poéticas ruinas del Tribunal de Cuentas. De repente se detuvo para acordarse del punto adonde se dirigía, pues observó que los pies maquinalmente le llevaban hacia la calle de Lille.

«¿Qué tengo que hacer allí?» se preguntó encolerizado esta vez contra sí mismo; y dirigiéndose en su interior los más severos calificativos, emprendió á grandes pasos el camino de la calle Drouot, donde estaban situadas sus habitaciones de soltero.

IX

Transcurridos los quince primeros días del luto, dedicados á la inevitable y penosa tarea de poner en orden todos los asuntos de la familia, Mad. Montclar había propuesto á Estrella irse á la quinta de Beaurand, proyecto que la joven, con todos los rodeos imaginables, declaró que no estaba dispuesta á aceptar.

— Es ya bastante, querida tía, dijo, la pena que me causa vivir sola con usted en el hotel de París, donde con otro debíamos acompañarnos; ahórreme usted, pues, el pesar de que principie de nuevo para mí ese sufrimiento en una casa que no conozco y donde experimentará usted tan dolorosas emociones como yo.

Este razonamiento era por sí solo lo bastante justo para que Mad. Montclar dejase de atenderlo.

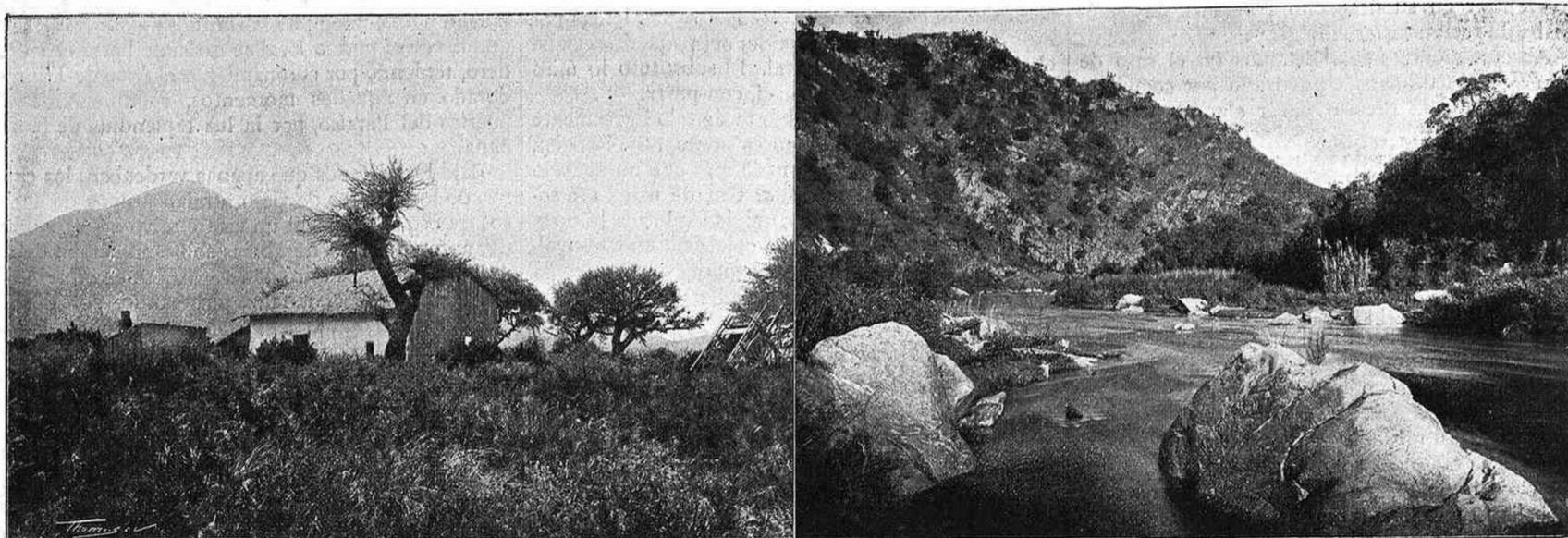
Estrella había heredado de su madre una casa de campo situada á poca distancia de Chartres, lo suficientemente á propósito para que con facilidad pudiese dotársela de todas las comodidades, y lo bastante modesta para que no fuera preciso llevar allí muchos criados. A esta casa decidieron retirarse las dos mujeres durante la primavera.

Mad. Montclar había abrigado la esperanza de que alejándose del hotel y de la quinta de Beaurand, se evitaría recuerdos dolorosos, pero no contó con la poderosa fuerza de evocación que caracteriza á ciertos organismos. La visión sangrienta de Raimundo con el terrible problema que entrañaba, la siguió al asilo donde se había refugiado, y acudieron además á su memoria con claridad sorprendente escenas de la infancia de su sobrino, que había creído por completo olvidadas.

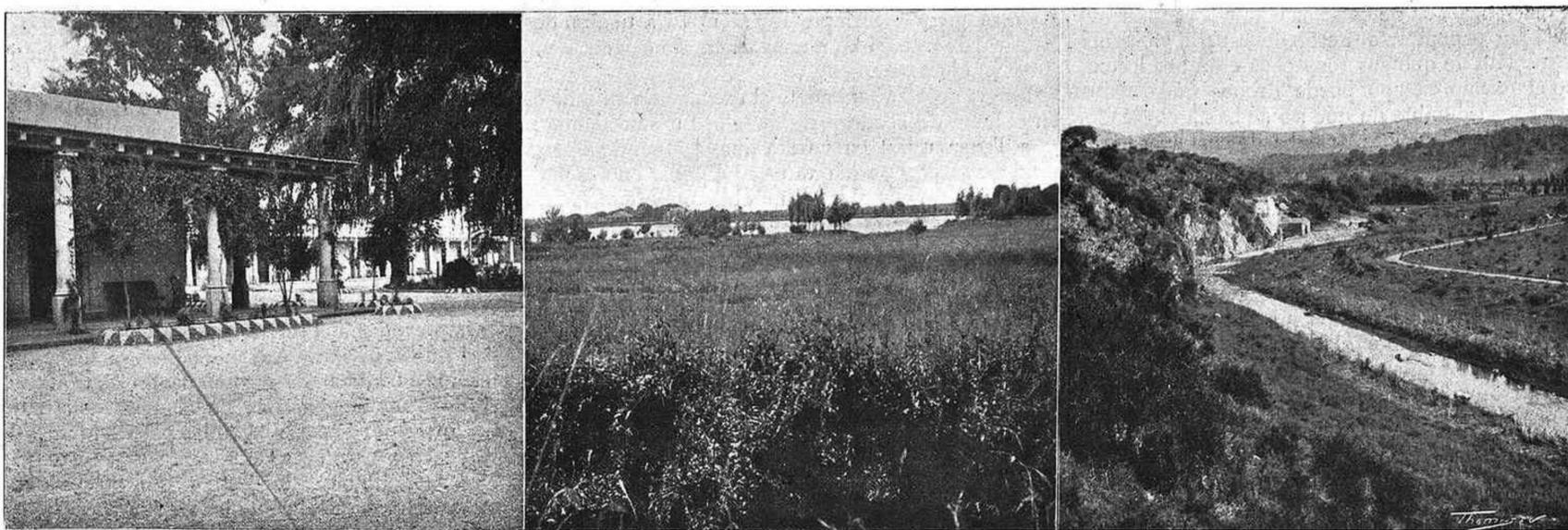
(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA. - SIERRAS DE CÓRDOBA. - CAPILLA DEL MONTE

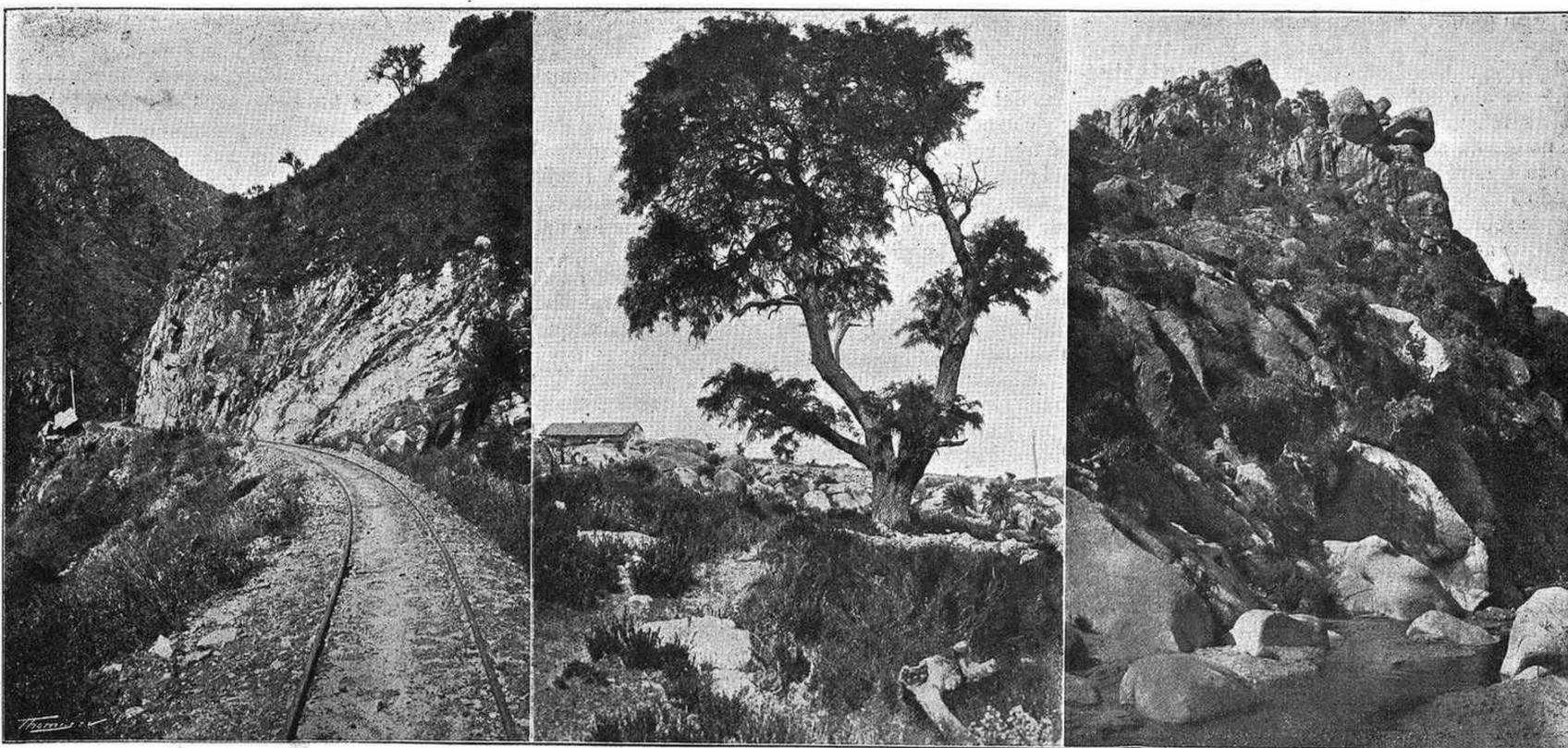
La Naturaleza ha sido sumamente pródiga en esta parte de la República Argentina; porque á una belleza de Europa, sobre todo de Francia, Italia, Suiza, cas sobrepujarán á las inmejorables condiciones de la parte de la Sierra de Córdoba conocida por «Ca-



REPÚBLICA ARGENTINA. - SIERRAS DE CÓRDOBA. - 1. CAPILLA DEL MONTE. - 2. RÍO PRIMERO (de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)



REPÚBLICA ARGENTINA. - SIERRAS DE CÓRDOBA. - CAPILLA DEL MONTE. - 1. HOTEL ASCOCHINGA. - 2. ESTANCIA EN «LA PAZ», CASA Y GRAN LAGO, PROPIEDAD DEL EXCMO. SR. D. JULIO A. ROCA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA. - 3. VISTA PANORÁMICA DE LAS CERCANÍAS DEL HOTEL ASCOCHINGA (de fotografías de D. Fernando Alemán)



REPÚBLICA ARGENTINA. - SIERRAS DE CÓRDOBA. - 1. FERROCARRIL Á COSQUIN. - 2. CAPILLA DEL MONTE. - 3. «LOS MONIGOTES» (de fotografías de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)

lleza panorámica hermosísima, le ha juntado un clima delicioso, templado, lleno de perfumes y efluvios medicinales que son regocijo del espíritu y fortaleza del cuerpo.

Grecia y de la misma España como sitios de agradable temperatura y de condiciones atmosféricas propicias para la curación de personas débiles, más ó menos afectadas de los pulmones; pero creo que po-

pilla del Monte,» rival, quizá única en América, del famoso valle de Oruro, perteneciente á la vecina República de Bolivia.

«Capilla del Monte» es una población desparrama-

da. Más que pueblo, es un conjunto de quintas, estancias, chacras y ranchos artísticamente colocados, como de intento, para recreo de la vista, especie de nacimiento mágico, hecho por la propia mano del artífice divino, como para hacer juego á la abundancia de aguas que por doquier brotan en purísimos manantiales; ya de una gruta, ya de una resquebrajadura de la roca, formando cristalinos arroyuelos ó tumultuosos torrentes que, bajando de las cumbres más elevadas, llevan unos y otros su contingente al río Primero.

Rodeado de arboleda, de flores y de rumorosas aguas, se levanta el espléndido «Hotel Ascochinga,» llamado así en recuerdo de los primitivos pobladores de aquellos valles, los indios ascochingas. Está situado á una altitud de 673 metros sobre el nivel del mar. Posee en comodidades y confort cuanto puede apetecer la persona más delicada en gustos ó de salud; siendo notables sus baños y piletas de natación, cuyas aguas, traídas de las alturas vecinas por medio de acequias, unen á su pureza la cualidad benéfica y curativa para los dolores reumáticos. Tiene actualmente 35 habitaciones ricamente amuebladas, salón de baile, gran comedor, jardines hermosísimos, luz eléctrica por todas partes, producida por la fábrica del propio establecimiento.

Muy cerca de él se admira una gran cascada natural, donde el sol quiebra sus rayos, transformándolos en múltiples iris.

En una loma se levanta la iglesia, de construcción moderna con pujos de pequeña catedral por imitar en su interior el estilo gótico y por las dimensiones de cimientos y paredes de medio metro de espesor, necesarios en previsión de posibles temblores y fortísimos vientos. Fué costeada por las donaciones de los veraneantes, de los Sres. Argüelles, dueños del hotel, y especialmente de la muy rica señora doña Carolina Estrada de Martínez, la que fué madrina el día de la inauguración, efectuada el 15 de enero de 1899, teniendo por padrino al presidente de la República D. Julio A. Roca.

Y ya que hemos mencionado al digno jefe de Estado que hoy dirige los destinos de la nación argentina, agregaremos que muy cerca del lugar que á la ligera describimos, posee una espléndida estancia llamada «La Paz,» llena de bellezas, acumuladas á copia de años y trabajo. Pero lo más pintoresco es el grandioso lago artificial, surcado constantemente por una colección casi completa de palmípedos de las castas más variadas y raras, y la gran avenida de corpulentos álamos. Además del hermoso edificio hay que admirar también el cruce de animales finos,

tanto en el ganado caballar cuanto en el vacuno y ovejuno, y los extensísimos alfalfares.

A poca distancia se levantan los gigantes de piedra llamados «Los Monigotes» por la estructura especial de su forma, y no muy lejos hay un rincón encantador llamado «La Calera,» paisaje abrupto y salvaje, pero de belleza superior.

Para el *tourista* y hasta para el enfermo le sirve como de aperitivo ó de prólogo á la contemplación de hermosura tanta el viaje en ferrocarril desde Córdoba, capital de la provincia de su nombre, vía «Cosquin» y «Cruz del Eje.» Obra atrevida por el trazado en que abundan curvas muy cerradas, grandes declives, precipicios espantosos, altísimos puentes é interminables túneles.

Con razón los cordobeses están orgullosos de su tierra.

Las fotografías que reproducimos son unas debidas al caballero argentino D. Fernando Alemán, *tourista* entusiasta, admirador de aquellos poéticos valles, distinguido miembro de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» á que pertenecen las otras, Sociedad que tantas alabanzas nos ha merecido y á la cual tantas atenciones le debe LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Buenos Aires.

JUSTO SOLSONA.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas **Afecciones del Corazon**, **Hydropesias**, **Toses nerviosas**, **Bronquitis**, **Asma**, etc.

Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia**, **Clorosis**, **Empobrecimiento de la Sangre**, **Debilidad**, etc.

G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN **HEMOSTÁTICO** el mas **PÓDEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las **Grageas** hacen mas **fácil el labor del parto** y **detienen las perdidas.**

Medalla de Oro de la **Sad de Fia de Paris**

LABELONYE y C^a, 99, Calle de **Aboukir**, Paris, y en todas las farmacias.

Las **Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**

PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856

Medallas en las Exposiciones Internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**

1887 1872 1873 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS **DISPEPSIAS**, **GASTRITIS - GASTRALGIAS**, **DIGESTION LENTAS Y PENOSAS**, **FALTA DE APETITO** Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE

ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie **COLLAS**, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los **Males de la Garganta**, **Extinciones de la Voz**, **Inflamaciones de la Boca**, **Efectos perniciosos del Mercurio**, **Irritacion que produce el Tabaco**, y especialmente á los **Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emision de la voz. — **PRECIO: 12 REALES.**

Exigir en el rotulo a firma **Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS S^{ñs} JORET-HONOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN - PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago**, **estreñimientos rebeldes**, para facilitar la **digestion** y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon**, la **epilepsia**, **histeria**, **migraña**, **baile de S-Vito**, **insomnios**, **convulsiones** y **tos** de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las **afecciones nerviosas.**

Fábrica, Expediciones: **J.-P. LAROZE & C^{ie}**, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.

Deposito en todas las principales **Boticas y Droguerias**

PILDORAS BLANCARD

con **Yoduro de Hierro Inalterable**

Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.

Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**

Exijase el **producto verdadero** y las señas de **BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

PILDORAS BLANCARD

con **Yoduro de Hierro Inalterable**

Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.

Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**

Exijase el **producto verdadero** y las señas de **BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

PILDORAS BLANCARD

con **Yoduro de Hierro Inalterable**

Aprobadas por la **Academia de Medicina de Paris**, etc.

Contra la **ANEMIA**, la **POBREZA de la SANGRE**, el **RAQUITISMO**

Exijase el **producto verdadero** y las señas de **BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.**

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con **BISMUTHO y MAGNESIA**

Recomendados contra las **Afecciones del Estómago**, **Falta de Apetito**, **Digestiones laboriosas**, **Aoedias**, **Vómitos**, **Eructos**, y **Cólicos**; regularizan las funciones del **Estómago** y de los **Intestinos.**

Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS**

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ORTOPEDIA ESPECIAL, por *Pedro Ramón*. — Folleto en que se describen los aparatos ortopédicos de la casa Pedro Ramón, de Barcelona, se exponen algunos casos de curaciones notables y se publican los juicios de varios médicos y de la prensa. Ha sido impreso en Barcelona y se remite gratis á quien lo pida á su autor.

LA VERDADERA VIDA, por *León Tolstoi*. — La casa Maucci, de Barcelona, ha publicado esta interesante obra en la cual están expuestas con la serenidad propia de las almas grandes las ideas filosófico-religiosas del ilustre novelista ruso, inspiradas en las doctrinas de Jesucristo. Es indudablemente uno de los libros en que aparece más de relieve la personalidad moral de Tolstoi. Forma un tomo de 250 páginas que se vende á una peseta.

LA BOFETADA, por *Narciso Oller*. — La «Biblioteca Mignon», que con tanto éxito edita en Madrid el Sr. Rodríguez Serra, acaba de publicar esta interesante novela del maestro de la literatura catalana, del eminente novelista Narciso Oller. El nombre de éste, tan conocido y admirado en España como fuera de ella, celebrado por los más notables escritores españoles y extranjeros, es la mejor garantía de la bondad de esta obra, en cuyas páginas, aparte del interés de la narración, hay ese espíritu de observación profunda, ese vigor, ese movimiento del corazón humano que caracterizan al ilustre autor de *La febre d'or*, de *La Papallona* y de tantas otras joyas literarias. El libro, ilustrado con el retrato del autor y con varios dibujos de Torres García, está elegantemente impreso y se vende á tres reales.



El segador, cuadro de Hans Olde

CINCO AÑOS DE MI VIDA, por *Alfredo Dreyfus*. — Tres cosas están todavía en la memoria de todos: los accidentes, las luchas, los apasionamientos á que dió lugar en Francia la célebre causa Dreyfus, y ofrece, por tanto, gran interés de actualidad el libro que nos ocupa y en el que el desdichado capitán narra los tormentos sufridos durante los cinco años transcurridos desde que comenzó el proceso hasta que se decretó la revisión del mismo, y pinta las crueles ansiedades de aquella desgraciada familia. *Cinco años de mi vida* es el diario de un mártir; no es el libro maduramente concebido, sino el conjunto de las cartas escritas por el infeliz preso, en las cuales se admira lo que más se estima en esta clase de obras, la sinceridad, mezcla de gritos de desesperación, de conformidad y sobre todo de esperanza en que al fin brillará la inocencia. Ha sido editado por la casa Maucci, de Barcelona, forma un tomo de más de 250 páginas con varias ilustraciones y se vende á una peseta.

EL PADRE GORIOT, por *H. de Balzac*. — Nada hemos de decir en elogio de esta hermosa obra que, como todas las del ilustre novelista francés, conserva, á pesar del tiempo transcurrido desde que fué escrita, todo el interés, toda la frescura de cuando se publicó por primera vez, privilegio de los libros de los verdaderos genios. La edición que acaba de dar á luz el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso, está esmeradamente traducida por el Sr. García Bravo y se vende á una peseta.

EL PARTIDO ROMERISTA, por *D. Manuel Lorenzo D'Ayot*. — Folleto en que su autor explica por qué se ha aficionado al partido que acaudilla D. Francisco Romero Robledo, que según él se sintetiza en las palabras: Patria, Libertad y Democracia, y del cual espera la regeneración de nuestra patria. Ha sido impreso en Madrid en la Imprenta Española.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 96, Barcelona

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DEL BARRE DEL DR. DELABARRE

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor
de la
Real Casa



26 Diplomas
de Honor.
31 Medallas
de Oro

ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años
por las Autoridades Médicas de todos los Países.
Contiene la leche pura de los Alpes Suizos.
Pídase en todas las Droguerías y Farmacias.
Para pedidos dirigirse á
MIGUEL RUIZ BARRETO
Jerez de la Frontera.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉMIÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B^{is} St-Denis, 16

El único Legítimo

VINO DEFRESNE

con
PEPTONA
es
el más precioso de
los tónicos y el mejor
reconstituyente.

PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf
Y EN TODAS FARMACIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

VINO NOURRY

Por su sabor
agradable y
su eficacia en
los casos
de

**ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES
del PECHO**

Sustituye con ventaja
á las Emulsiones y
al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

CREMA y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ
DUSSEY, 1, Rue J.-J. Rousseau, PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazares.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN